

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 67.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Abril de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Congreso de Barcelona. Inauguración*, por Anselmo Lorenzo.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.—*Movimiento filosófico*, por U. González Serrano.
CIENCIA Y ARTE: —*Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Infundios teológicos*, por Donato Luben.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGÍA

Congreso de Barcelona.—Inauguración⁽¹⁾

El domingo 19 de Junio de 1870, en el Teatro del Circo de Barcelona, á las diez y media de la mañana, inauguró sus sesiones el primer Congreso obrero español, con asistencia de un centenar de delegados de Andalucía, Valencia, Aragón, ambas Castillas y gran mayoría de Cataluña, no siendo posible mayor representación por falta de tiempo, medios, y, sobre todo, de organización.

Los delegados ocupaban las primeras filas de butacas, y todas las demás localidades se hallaban atestadas de trabajadores de ambos sexos, estando además llenos los pasillos y aun agolpándose la gente á la entrada por la imposibilidad de hallar sitio para todos.

Habían acudido los trabajadores agrupados y como en manifestación por sociedades y aun por talleres y fábricas, atestiguando así la consideración y respeto que les inspiraba el grande y trascendental acto que iba á realizarse.

La presidencia estaba en el centro del escenario. Detrás ostentábase artístico grupo de banderas, en cuyo centro dominaba un estandarte rojo con el lema en letras doradas y bien legibles «No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos», simbolizando las antiguas y decrépitas naciones en disposición de convertirse en una sola entidad regida por la justicia. A ambos lados se habían colocado grupos de herramientas en representación del trabajo. A los extremos del proscenio, á cada lado, había una mesa para los secretarios y delante hallábase la tribuna para los oradores. Finalmente, en el sitio de la orquesta había mesas para los periodistas y taquígrafos.

Momentos de expectación solemne: la sala rebosando vida, esperanzas, ilusiones, consuelos y cuanto moralmente anima lo presente y da vida á lo porvenir, y el escenario desierto.

(1) De *El Proletariado Militante*, libro inédito, original de nuestro amigo y constante colaborador Anselmo Lorenzo.

A la hora señalada preséntase sólo Rafael Farga, acércase á la mesa, hace vibrar un timbre, establécese un silencio profundo y pronuncia estas hermosas y conmovedoras palabras:

«Compañeros delegados: Vosotros los que os congregáis aquí para afirmar la grande obra de la Asociación internacional de los Trabajadores, la que contiene en sí la emancipación completa del proletariado y la extirpación absoluta de todas las injusticias que han reinado y reinan sobre la haz de la tierra; los que venís á fraternizar con los millones de obreros, esclavos blancos y negros que bajo su rojo pendón se cobijan; queridos hermanos, en nombre de los trabajadores de Barcelona, ¡paz y salud!...»

Formidable trueno de aplausos interrumpe al orador. Los delegados, en pie y vueltos al público, visiblemente conmovidos, saludan y aplauden también, y por unos momentos siente aquella multitud las plácidas sensaciones de la felicidad.

Limítome á consignar las ideas más culminantes del discurso de bienvenida:

«El derecho, el deber y la necesidad, prosigue el orador, nos reunen aquí para discutir los problemas de la economía social... «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», dicen los estatutos de la Internacional, afirmación fundada en el hecho de que no hay institución ni clase social alguna que por la obrera se interese; todas las que del monopolio y de la explotación viven, sólo procuran eternizar nuestra esclavitud... El capital es el gran tirano que gobierna las sociedades presentes... No hay otra cuestión verdaderamente de fondo en la humanidad que la tremenda lucha entre el capital y la pobreza, entre la opulencia y la miseria... El Estado es el guardián y el defensor de los privilegios que la Iglesia bendice y diviniza, y lo único que nos resta á nosotros, pobres víctimas del desorden social presente, es, cuando lo tenemos, el salario, fórmula práctica de nuestra esclavitud... Queremos que cese el imperio del capital, del Estado y de la Iglesia, para construir sobre sus ruinas la Anarquía, la libre federación de libres asociaciones de obreros.»

Mientras hablaba Farga, presentáronse en el escenario los compañeros destinados á completar la ceremonia de la inauguración. Francisco Tomás, delegado de la sección Internacional de Palma de Mallorca, y Tomás González Morago, de la de Madrid, hablaron después, dirigiendo análogo saludo y exponiendo las mismas ideas, con gran contentamiento y aceptación del público, y pasó á ocupar la presidencia Andrés Bastélica, emigrado francés y representante de varias sociedades francesas.

Leyóse una comunicación del comité federal de La Internacional de Suiza, en la que se consignan estos pensamientos:

«La política, la religión y los gobiernos han sido creados por nuestros amos, burgueses, curas y reyes, para mejor dominarnos, para mejor sojuzgarnos, para debilitarnos, dividiéndonos en partidos.

»Creedlo, hermanos de España, si la grande causa del trabajo debe un día dominar el mundo y transformar la sociedad, es necesario que, en cumplimiento de uno de nuestros más superiores deberes, rechacemos absolutamente todo lo que hoy se llama política.

»No debemos ocuparnos de república nacional, de república europea, de Estados Unidos de Europa... Si tocamos siquiera con la punta del dedo esta organización actual de los gobiernos; si prostituimos nuestro corazón y nuestra honradez luchando por ellos ó contra ellos en su terreno, la política; si no nos constituimos como trabajadores fuera del Estado, pasarán los años esperando en vano nuestra emancipación.»

En otra comunicación del Consejo general belga de La Internacional, se hallan los siguientes párrafos:

«Antes de la creación de La Internacional muchos eran los hombres generosos que habían consagrado todos sus esfuerzos á la fraternidad humana, y, sin embargo, fracasaron todos, porque, más ó menos impregnados de ideas místicas, se contentaban con apelar á los sentimientos generosos, sin tener en cuenta que un sistema social no puede fundarse sobre los sentimientos, sino sobre la armonía de los intereses.

»Penetrados de la idea de que no puede obtenerse reforma social alguna verdadera sino dando satisfacción á los intereses del trabajo, hemos debido romper con todos los metafísicos de la política y con sus sermones sentimentales; hemos renunciado á toda esperanza de mejoramiento proveniente de un cambio de gobierno, y hemos tomado por línea de conducta la abstención en materia política. Consideramos todos los gobiernos igualmente despreciables; de modo que pedir á los obreros que se pronuncien por tal ó cual forma de gobierno, es preguntarles por cuál de los gobiernos prefieren ser asesinados.

»Hubo un tiempo en que todas las aspiraciones del pueblo se resumían en la palabra República. Al grito de ¡viva la república! los revolucionarios de las pasadas épocas derribaron tronos y altares, arrostrando peligros, desafiando á la muerte y haciendo todo género de sacrificios. ¡Sombras de los héroes que del 92 al 99 cubristeis con vuestros cadáveres los campos de batalla de Europa; que en las guerras civiles de España preferísteis la guerra al despotismo; que en las reivindicaciones de Italia os habéis consumido en los infectos calabozos austriacos; que en las jornadas de 1830 y de 1848 luchásteis gloriosamente en las barricadas; todos los que en los tres cuartos de siglo pelearon, sufrieron y murieron por la república, levantaos, y ved á qué ha quedado reducido vuestro ideal; ved el espectáculo que ofrece la gran república de los Estados Unidos que nos citan como modelo! No tienen rey ni emperador, pero tienen las grandes compañías, los reyes del oro, del hierro, del algodón... (1). Y si se nos dice que la falta está en el mercantilismo y no en la república; ved si los republicanos son capaces de desarraigar uno solo de los monstruosos abusos que bajo la dominación del capital ahogan imperios, monarquías y repúblicas.»

Estas comunicaciones, inspiradas en el más puro criterio revolucionario, y cuya extensión no permite insertarse íntegra, fueron recibidas con aplauso, á pesar de la preocupación política de algunos delegados y de parte del público.

El presidente Bastélica dirige la palabra al Congreso y á la concurrencia. Era éste joven, ilustrado y entusiasta, de mirada chispeante, voz bien timbrada y con movimientos rápidos y enérgicos, á la vez que reveladores de una educación distinguida. Gozaba fama de agitador, y tenía la honra de haber sido perseguido por las autoridades despóticas del imperio, lo que le obligó á salir de Marsella y refugiarse en España.

Estas circunstancias le dieron por un momento un realce extraordinario, hasta el punto de electrizar al auditorio y conmoverle profundamente. Por desconocimiento

(1) Véase cómo cerca de treinta años antes de la guerra de España con la República norteamericana, cuando todavía la burguesía española ensalzaba hasta la exageración la República Modelo, ya estaban los trabajadores conscientes y revolucionarios enterados de las maldades que en el seno de aquélla se cobijaban. Por lo mismo acogieron éstos con desprecio la exageración contraria en que cayeron los burgueses cuando calificaban de tocineros á los ciudadanos de los Estados Unidos.

del español, se expresó en francés, con vehemencia, pasión y arte. Herrán traduce á continuación el discurso:

«Trabajadores españoles: En nombre de la solidaridad universal tomo asiento en este Congreso de la región española delegado por los trabajadores franceses afiliados á La Internacional; en nombre de esa misma solidaridad universal me habéis otorgado el honor de presidir esta sesión solemne; os lo agradezco cordialmente. La unión de los pueblos debía verificarse por la Asociación Internacional de los trabajadores; se ha verificado ya; lo atestigua mi presencia en este Congreso.»

La síntesis de su discurso resultó la censura razonada y la negación enérgica del Estado, de la Iglesia, del privilegio y de las fronteras, para constituir el ideal de la gran familia humana, viviendo libre y feliz en el régimen de la Anarquía. Terminando con estas palabras:

«Al terminar, propongo un ¡viva la Asociación Internacional de los Trabajadores!»

En las actas que tengo á la vista se lee á continuación esta nota: «(Unánimes y entusiastas vivas resuenan en el coliseo, lleno completamente de obreros y obreras.)»

Suspendida la sesión por causa de la hora de la comida, y reanudada por la tarde con no menor concurrencia del público y asistencia de todos los delegados, se presentó y aprobó por aclamación unánime la siguiente proposición:

«Al Consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

El Congreso regional español de trabajadores acepta completamente y en toda su pureza los Estatutos generales y acuerdos de los Congresos obreros universales de la Asociación Internacional de los Trabajadores, á la cual se adhiere, acordando enviar al Consejo general, como representante de todas las secciones del mundo, un cariñoso y fraternal saludo.—*R. Farga Pellicer.*—*E. Borrel.*

Dado en Barcelona, local del Congreso Obrero Español en 19 de Junio de 1870.—El presidente de la sesión, *A. Bastélica.*»

En cumplimiento de la orden del día, los delegados dan cuenta del estado de las sociedades que representaban. Este punto lo interpretaron la mayoría de los delegados por exposición de las penalidades propias de su oficio, del género de explotación á que cada cual se hallaba sometido y aun de la miseria especial de la localidad de su residencia, y juzgando útil un extracto literal, aunque conciso, del mismo, lo expongo á continuación:

Bové, delegado de los hiladores, jornaleros y tejedores mecánicos de Barcelona.—«Los trabajadores de las clases de vapor de Cataluña estamos esclavizados desde las cinco de la mañana hasta horas avanzadas de la noche... En Reus, por ejemplo, donde se levantan fábricas de primer orden, los trabajadores sufren atrozmente, sujetos á trabajar muchas horas por un escaso jornal... En Valls, trabajan las mujeres catorce ó quince horas por 8 ó 10 miserables pesetas... En Manresa y sus cercanías se trabaja á veces hasta diez y ocho horas diarias por 8 reales de jornal... En Villanueva, Martorell y Sallent, se ha mejorado algo la situación, merced á la constancia en la asociación.»

Rabassa, de los zapateros de Barcelona.—«Cuando veo que somos una colectividad de esclavos que nos arrastramos por esta miserable tierra, y al toque de una campana nos metemos más bien en mazmorras que en talleres, ó bien salimos de éstos para descansar en mezquinos jergones, no puedo menos que sentir indignación.»

Nuet, de los cerrajeros de Barcelona.—«Hay cerrajeros que trabajan doce y catorce horas diarias. Nosotros tenemos la desgracia que no experimentan otros oficios, con-

sistente en la imposibilidad de aprender nuestro oficio hasta después de muchos años, pudiendo decirse que morimos siendo aprendices. Cuatro años de sufrimientos inauditos representa el aprendizaje, que no acertaré á decir si son de cárcel, de deportación ó de qué.»

Sans, de los hiladores, jornaleros y tejedores mecánicos de Barcelona.—«Yo, que he recorrido presidios de esclavos blancos y vivo en ellos, sé lo que son penalidades. Oprime tener que manifestaros que nuestros hermanos están obligados á soportar once, diez y seis ó diez y ocho horas de trabajo.»

Gras, de los marineros de Barcelona.—«La clase marítima es la más desheredada. En nuestros primeros años ingresamos y quedamos ligados por toda la vida. Somos esclavos en la matrícula de mar. Nosotros tenemos semanas de uno ó dos años: hacemos el viaje, ganamos salario y depositamos nuestra confianza en el capitán para que nos mantenga; de esto resulta que cuando en alta mar nos encontramos, el capitán, el hombre que hemos adoptado como padre, nos escatima la comida, destinándonos malos comestibles... Después de un largo viaje permanecemos cierto tiempo con nuestras familias, y como los frutos del viaje han sido escasos, después de pagadas las deudas contraídas por las familias, solicitamos de nuevo trabajo, que solemos hallar cada vez en peores condiciones.»

Franquesa, de los naíperos de Barcelona.—«Obreros: al contemplar hoy por primera vez al Congreso regional español, yo, que por tanto tiempo me he visto envilecido por los carnívoros explotadores, me siento regenerado.»

Farrés.—«Yo soy representante de la clase de vapor de Barcelona, clase triste y lamentable, porque los burgueses han declarado á los hombres inútiles para el trabajo, y les han substituído por mujeres y niños. Téngase esto en consideración, porque sólo el hombre es útil para el trabajo y no la mujer. Los hombres no sabemos qué hacer, pues que no hemos nacido para robar, sino para trabajar.»

Grases, de los tejedores de Reus.—«La corporación que represento sufre la explotación más penosa que pueda imaginarse.»

Cea, tipógrafo, de la Sección Internacional de Valladolid.—«Los trabajadores de Valladolid se encuentran en una situación tan precaria como todos los de España.»

Mora, zapatero, de la Sección Internacional de Madrid.—«Es imposible formarse idea de lo que en Madrid pasa, de lo que en Madrid se sufre; allí ocurre lo que no ocurre en provincias. Pervertidas las clases superiores y cundiendo en ellas la mayor inmoralidad, tratan de extender é infiltrar esa misma perversión entre los trabajadores. Allí no hay más que ambición, y por lo mismo no se hace otra cosa más que preparar el terreno para el medro personal, haciendo sufrir horriblemente á los obreros y pretendiendo tenernos como esclavos.»

Valls y Vilaplana, de los tejedores de Alcoy.—«Mucho tiempo hemos estado sufriendo; hasta hoy el patrimonio del obrero ha sido la miseria y la fatiga; todo por haberse fiado de los que le explotaban.»

Larguísima sería esta recopilación de notas si hubiera de recoger todo lo que en las actas del Congreso consta exponiendo dolorosas quejas. Basta con lo expuesto para formarse idea de la situación de los trabajadores españoles en el momento de presentarse como la aurora de la esperanza la grandiosa y salvadora asociación.

Muchos delegados expusieron los trabajos de organización, efectuados por sus comitentes, y algunos presentaron notas de verdadero valor histórico, de que prescindo por no corresponder al plan que vengo desarrollando.

Así fué aquella memorable inauguración. La iniciación revolucionaria del Proletariado Militante español quedaba consumada. A partir de aquel momento, los partidos, las religiones, las sectas, pudieron tomar nota de que los trabajadores les retiraban su concurso para dedicarse á luchar por una idea nueva que era una gran verdad antes desconocida, y para conseguir un ideal que era la realización práctica de aquella justicia buscada en vano por las generaciones precedentes.

Grandioso acto, glorioso día en que quedó fija, indestructible y como promesa infalible la seguridad de la emancipación obrera, hagan y digan cuanto quieran los que mandan, los que explotan y los que engañan.

Los privilegiados, que, en su afán de monopolio, pretenden hasta hacerse dueños del movimiento que rige la vida, y del tiempo en que se desenvuelve el progreso; lo mismo que los escépticos, que niegan el poder de la verdad y se burlan de las reivindicaciones de la justicia, no pueden ya levantar la voz para imponer sus errores, por más que les apoyen la rutina y la fuerza; ni les servirá tampoco de argumento el fracaso de cuanto en materia religiosa, filosófica ó política tuvo un día aspecto revolucionario, porque ahí está el Proletariado Militante que anula el Decálogo de Moisés, el Sermón de la Montaña de Jesús y la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano de la Convención con esta sencilla fórmula: *Pas de devoirs sans droits; pas de droits sans devoirs*. No hay deberes sin derechos; no hay derechos sin deberes.

Y esta fórmula, si difícil y costosa de imponer á la sociedad, se impondrá al fin, y no fracasará, no defraudará ninguna esperanza.

Aquí está como garantía ese mismo Proletariado Militante que se lanza á la conquista de la justicia y no quiere el privilegio ni aun en beneficio propio.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

(Continuación.)

Una sociedad reorganizada, tendrá que abandonar el error de pretender especializar las naciones, ya sea para la producción industrial ó la agrícola, debiendo cada una contar consigo misma para la producción del alimento, y de mucha parte, ó casi toda, de las primeras materias, teniendo al mismo tiempo que buscar los mejores medios de combinar la agricultura con la manufactura, el trabajo en el campo con una industria descentralizada, y viéndose obligada á proporcionar á todos una «educación integral», la cual, por sí sola, enseñando ciencia y oficio desde la niñez, puede dotar á la sociedad de las mujeres y los hombres que verdaderamente necesita. Que cada nación sea su propio agricultor y manufacturero; que cada individuo trabaje en el campo y en algún arte industrial; que cada uno combine el conocimiento científico con el práctico: tal es, lo afirmamos, la presente tendencia de las naciones civilizadas.

El prodigioso crecimiento de la industria en la Gran Bretaña, y el desarrollo simultáneo del tráfico internacional, que ahora permite el transporte de la materia prima y de los artículos de alimentación en una escala gigantesca, han motivado la creencia de que dos ó tres naciones de la Europa Occidental estaban destinadas á ser las únicas manufactureras del mundo, no necesitando más, según se argüía, que abastecer el

mercado de artículos manufacturados y sacar de todos los pueblos de la tierra el alimento que ellas no pueden producir, así como las primeras materias necesarias para su fabricación. La continua y creciente rapidez de las comunicaciones transoceánicas y las facilidades siempre en aumento del embarque, han contribuido á fortalecer dicha opinión.

Si contemplamos los cuadros seductores del tráfico internacional, pintados tan admirablemente por Neumann Spullart—el estadístico y casi el poeta del comercio del mundo—nos vemos inclinados á caer en un profundo éxtasis ante los resultados obtenidos. «¿Por qué hemos de cultivar el trigo, criar ganado vacuno y lanar, dedicarnos á cuidar árboles frutales, labrar la tierra y sufrir todas las penalidades á que se halla sujeto el agricultor, teniendo que mirar siempre con temor hacia el cielo, temiendo una mala cosecha, cuando podemos obtener con mucha menos fatiga montañas de grano de la India, América, Hungría ó Rusia; carne de Nueva Zelandia, legumbres de las Azores, manzanas del Canadá, pasas de Málaga, y así sucesivamente?»—exclaman los europeos occidentales. «Ya hoy—dicen—nuestro alimento se compone, aun entre las familias poco acomodadas, de productos traídos de todas las partes del mundo; nuestras telas están tejidas con fibras que han nacido y con lanas que se han esquilado en todo el globo; las praderas de América y Australia, las montañas y estepas de Asia, los desiertos helados de las regiones árticas, los cálidos de Africa y las profundidades de los Océanos, los trópicos y las tierras donde se ve el sol á media noche, son nuestros tributarios. Los hombres de todas las razas contribuyen, con su participación, á suministrarnos nuestros principales alimentos y artículos de lujo, telas sencillas y géneros ricos, en tanto que nosotros les enviamos, en cambio, el producto de nuestra superior inteligencia, nuestro conocimiento práctico y nuestras poderosas facultades de organización, industriales y comerciales. ¿No es un gran espectáculo este activo y complicado cambio de productos entre todos los pueblos que tan rápidamente se ha desarrollado en pocos años?»

Concedemos que lo pueda ser; ¿pero acaso no será una quimera? ¿Es, por ventura, una necesidad? ¿A qué precio se ha obtenido y cuánto durará?

Volvamos la vista ochenta años atrás. Francia se hallaba desangrada al terminar las guerras napoleónicas; su naciente industria, que había empezado á crecer al terminar el siglo pasado, fue aniquilada. Alemania é Italia eran impotentes en el terreno industrial; los ejércitos de la gran República habían dado un golpe mortal á la servidumbre en el continente; pero con la vuelta de la reacción se hacían esfuerzos para reanimar á la decadente institución, y la servidumbre implica la ausencia de toda industria digna de este nombre. Las terribles guerras entre Francia é Inglaterra, las cuales se han explicado con frecuencia como hijas de meras causas políticas, tenían un origen más profundo: la cuestión económica. Ellas eran promovidas por alcanzar la supremacía del mercado del mundo, iban contra el comercio y la industria francesa y la Gran Bretaña ganó la batalla, haciéndose suprema en los mares. Burdeos dejó de ser rival de Londres y la industria francesa pareció muerta en flor. Y favorecida por el poderoso impulso dando á las ciencias naturales y á la tecnología por la gran era de los inventos, no encontrando competencia seria en Europa, la Gran Bretaña empezó á desarrollar su poder industrial. Producir en gran escala, en inmensas cantidades, fue el lema escrito en su bandera. Las fuerzas humanas necesarias se encontraban á la mano entre los campesinos, en parte arrojados por fuerza de la tierra y en parte atraídos á las ciudades por la elevación de los salarios; se creó la maquinaria necesi-

ria, y la producción británica de artículos manufacturados marchó con una rapidez gigantesca; en el transcurso de menos de setenta años—desde 1810 á 1878—el rendimiento de las minas de carbón aumentó desde 10 á 133 millones de toneladas; las importaciones de la materia prima se elevaron de 30 á 380 millones de toneladas, y las exportaciones de géneros manufacturados de 46 á 200 millones de libras esterlinas. El tonelaje de la flota comercial casi se triplicó, construyéndose quince mil millas de ferrocarriles.

Es inútil repetir á qué precio se obtuvieron los anteriores resultados: las terribles revelaciones de las comisiones parlamentarias de 1840 al 42 respecto á las terribles condiciones de los trabajadores industriales, las relaciones de «territorios despoblados» y los robos de niños están aún frescos en la memoria; ellos serán gráficos monumentos que demuestren por qué medios la gran industria se implantó en este país.

Pero la acumulación de la riqueza en manos de las clases privilegiadas marchaba con una velocidad en la que jamás se había soñado. Las increíbles riquezas que ahora sorprenden al extranjero en las casas particulares de Inglaterra se acumularon durante ese período; las excesivamente dispendiosas condiciones de vida que hacen que una persona considerada rica en el continente aparezca sólo como de una posición modesta en Inglaterra, fueron introducidas en aquella época.

Sólo la propiedad imponible se duplicó durante los últimos treinta años del anterior período, en tanto que en el curso de esos mismos años (1810 á 1878), no bajó de 27.800.000.000 de francos—cerca de 50.000 millones en la actualidad—lo colocado por los capitalistas ingleses en industrias ó empréstitos extranjeros.

Pero el monopolio de la producción industrial no podía ser de Inglaterra eternamente, ni el conocimiento industrial ni el espíritu de empresa podían conservarse para siempre como un privilegio de estas islas; necesaria y fatalmente empezaron á cruzar el canal y á extenderse por el continente. La gran Revolución había creado en Francia una numerosa clase de propietarios territoriales, quienes gozaron cerca de medio siglo de un relativo bienestar, ó al menos de un trabajo seguro, y las filas de los trabajadores de las ciudades sólo aumentaban lentamente. Mas la revolución de la clase media de 1789-1793 había ya hecho una distinción entre el campesino propietario y el proletario de la aldea, y al favorecer al primero en detrimento del segundo, obligó á los trabajadores que no tenían tierra ni hogar á abandonar sus pueblos, formando así el primer núcleo de las clases trabajadoras entregadas á merced de los industriales. Además, los mismos pequeños propietarios territoriales, después de haber disfrutado de un período de indiscutible prosperidad, empezaron á su vez á sentir la presión de los malos tiempos, viéndose obligados á buscar ocupación en la industria. Las guerras y la revolución habían contenido el desarrollo de aquélla; pero empezó á crecer de nuevo durante la segunda mitad de nuestro siglo, desarrollándose y mejorándose; y ahora, sin embargo de haber perdido la Alsacia, Francia no es ya tributaria de Inglaterra en cuanto á productos manufactureros, como lo era hace cuarenta años. Hoy sus exportaciones de artículos manufacturados se evalúan en cerca de la mitad de los de la Gran Bretaña, y las dos terceras partes de ellos son textiles, mientras que sus importaciones de los mismos consiste principalmente en hilo torcido de algodón y lana de las clases más superiores, que en parte son reexportados después de tejidos, y una pequeña cantidad de género de lana. En lo referente á su consumo interior, Francia manifiesta una tendencia bien marcada á llegar á ser completamente un país que se baste á sí mis-

mo, y en cuanto á la venta de sus manufacturas, se inclina á confiar, no en sus colonias, sino especialmente en su propio y rico mercado interior.

Alemania sigue la misma marcha: durante los últimos veinticinco años, y especialmente desde la última guerra, su industria ha experimentado verdadera reorganización; su maquinaria ha mejorado por completo, y sus nuevas fábricas están provistas de máquinas que, casi puede decirse, representan la última palabra del progreso técnico; tiene muchos operarios y obreros dotados de una educación técnica y científica superior, encontrando su industria un auxiliar poderoso en un ejército de ilustrados químicos, médicos é ingenieros. Considerada en su totalidad, Alemania ofrece hoy el espectáculo de una nación en un período de *Aufschwung*, con todas las fuerzas de una nueva impulsión en todos los terrenos. Hace treinta años era tributaria de Inglaterra: ahora es ya su competidora en los mercados del Sur y del Este, y dada la rapidez con que actualmente su industria camina, su competencia ha de hacerse sentir aún más vivamente.

La ola de la producción industrial, después de haber tenido su origen en el Noroeste de Europa, se extiende hacia el Este y Sudeste, cubriendo cada vez un círculo mayor; y á medida que avanza hacia Oriente y penetra en países más jóvenes, implanta allí todas las mejoras debidas á un siglo de inventos mecánicos y químicos; toma de la ciencia todo lo que ésta puede prestar á la industria, encontrando pueblos deseosos de utilizar los últimos resultados del progreso moderno.

Las nuevas fábricas de Alemania empiezan adonde llegó Manchester después de un siglo de experimentos y tanteos; y Rusia principia adonde Manchester y Sajonia han llegado en la actualidad. Rusia, por su parte, trata de emanciparse de la tutela de la Europa occidental, y empieza rápidamente á fabricar todos aquellos géneros que anteriormente acostumbraba á importar, ya de la Gran Bretaña, ya de Alemania.

Los derechos de importación pueden, tal vez, en ciertas ocasiones, favorecer el nacimiento de nuevas industrias, pero siempre á expensas de otras que se hallen en el mismo caso, y evitando el mejoramiento de las existentes, pues la descentralización de la industria se efectuará con derechos protectores ó sin ellos; yo hasta diría que á su pesar.

Austria-Hungría é Italia siguen la misma senda, desarrollando sus industrias nacionales, y hasta España y Servia van á unirse á la familia de los pueblos manufactureros. Y aún hay más: hasta la India, hasta el Brasil y Méjico, apoyados por capitales é inteligencias inglesas y alemanas, empiezan á establecer industrias propias en su suelo. Finalmente, un terrible competidor, cual es los Estados Unidos, se ha presentado últimamente á todos los países industriales de Europa: á medida que allí la educación técnica se va extendiendo más y más, la industria *debe* crecer en los Estados; y, en efecto, lo hace con tal velocidad—una velocidad americana—que dentro de muy pocos años, los mercados que ahora son neutrales se verán invadidos por los géneros americanos.

El monopolio de los que primero ocuparon el campo industrial, ha dejado de existir, y no retornará á la vida, por grandes que sean los movimientos espasmódicos que se hagan para volver á un estado de cosas que ya pertenece al dominio de la Historia. Hay que buscar nuevos senderos, orientaciones nuevas: el pasado *ha* vivido, pero *no* puede seguir viviendo más.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

MOVIMIENTO FILOSOFICO

WUNDT *Volkerpsychologie* Erster Band *Die Sprache*. Leipzig. Engelmann, 1900. (WUNDT-*Psicología social ó de los pueblos*. Primer vol. *El Lenguaje*). Wundt, el más ilustre representante hoy de la Psicología alemana contemporánea, que ha seguido con sentido certero el movimiento iniciado por la Psicología inglesa, el fundador del primer Laboratorio de Psico-física en Leipzig, después de publicar su *Grundriss der Psychologie* (Compendio de Psicología), donde caracteriza la vida psíquica como constituida por fenómenos de *cualidad*, de *valor propio* y de *finalidad*, ha dado á luz el primer tomo de su *Psicología social*, que, por lo que se infiere de su lectura, va á ser digno complemento de su obra magistral *Psicología fisiológica*.

Ya en el Compendio fija como asunto propio de la Psicología social el *lenguaje*, la *costumbre* y el *mito*. El primer volumen, que es el publicado á fines del año anterior y del cual quisiéramos hacer una detallada exposición, trata del lenguaje.

Para precisar más el objeto de la Psicología social, indica Wundt en la *Introducción*, que mientras la Psicología, propiamente denominada individual, prescinde del análisis de los fenómenos, que surgen de la acción recíproca de unos individuos sobre otros, de esta acción ó entrecruzamiento, de lo que alguna vez llama Lotze *lo entre las cosas*, se ocupa precisamente la Psicología social, que también considera como étnica ó de las razas. Aunque no lo indica Wundt, habrá de entenderse esta diferencia entre la Psicología individual y la social como una *distinción mental*, más que separación, pues el individuo, al nacer por la herencia, al desarrollarse mediante la educación y al vivir dentro de un medio, recibe constantemente la acción y sufre la influencia de la sociedad; así actúa sobre ella y en ella influye, gracias á la cooperación á que contribuye en la colectividad. Planta que se seca ú organismo que se asfixia por falta de aire respirable, sería el individuo concebido, aislado y fuera de la sociedad. Entidad abstracta, molde vacío, sin realidad concreta, sería la sociedad, cual símbolo muerto, de no considerarla integrada en su realidad viviente por los individuos que la componen.

Con esta advertencia nos proponemos, más que corregir, completar el pensamiento de Wundt, explicable y justificado con tal precedente, al circunscribir el objeto de la Psicología social al estudio de las leyes psicológicas generales, que rigen la vida social, hecha abstracción de diferencias locales y nacionales, á no ser que estas últimas favorezcan la interpretación de las mencionadas leyes generales. En virtud de tal consideración, podemos definir la Psicología social, «ciencia que estudia los fenómenos psicológicos, que sirven de base al desenvolvimiento general de las sociedades humanas y á la aparición de los productos colectivos (lenguaje, costumbre y mito) de valor general.»

Implican tales leyes la existencia de un substratum ó el postulado de un espíritu colectivo, del todo, *Volkgeist* que dice Wundt, «espíritu de los pueblos ó *Allgeist*, como dicen otros (espíritu del todo), y alma colectiva (*Volkseele*). Según Wundt, la Psicología prescinde del concepto metafísico del espíritu, lo mismo individual que social, y se ocupa sólo del estudio del alma como conjunto de fenómenos psicológicos (de cualidad, valor y fin), en relación con el cuerpo. Desvía, pues, el problema del *Monismo* y se atiene á los fenómenos psicológicos, dados siempre en unión con el cuerpo. Así concebida, el alma colectiva es tan real como puede serlo la del individuo, alma co-

lectiva, que resulta, no de los elementos psíquicos aislados (los cuales serían productos ya vividos ó muertos, nos hemos permitido decir antes), sino de su asociación, produciendo fenómenos especiales psíquicos y psico-físicos, que no podrían aparecer en la conciencia psíquica individual aislada ó al menos que no se podrían desenvolver en ella en el grado que alcanzan, merced á la acción recíproca de los individuos. En este respecto, lo mismo se puede afirmar que el alma colectiva es un producto de las almas individuales de que se compone, como éstas son producto del alma colectiva, de la cual forman parte.

Tal es, brevemente resumido, el contenido de la introducción de este primer volumen, todo él dedicado (aún sin terminarlo, pues habrá de continuarse en un segundo tomo), al estudio del lenguaje. Comienza Wundt (capítulo I), con el fin de ocuparse de los movimientos *expresivos*, por clasificar los movimientos en general en *automáticos* ó puramente fisiológicos y producidos sin conciencia, en *instintivos* ó de voluntad simple, en cuanto determinados por un solo motivo y en *voluntarios* debidos al conflicto entre varios motivos. Insiste Wundt en la hipótesis que ha expuesto ya en todas sus numerosas obras respecto á la procedencia de los actos voluntarios á todos los demás y se inclina (*verosímilmente* dice) á que los actos instintivos, fijando uno solo de los varios motivos de los movimientos voluntarios por medio del sentimiento y ejecutándose después sin obstáculo alguno, merced á la influencia del hábito, se convierten en automáticos. Según esta *lex inversa*, la evolución marcha de la vida, voluntaria en sus comienzos, al automatismo como término de su desarrollo. Hipótesis muy cuestionable, nos limitamos á consignarla como una de las ideas que más obsesionan el pensamiento de Wundt, sin detenernos á examinar su mayor ó menor justificación, crítica que nos desviaría de la exposición del contenido doctrinal del libro de Wundt. Como los sentimientos, en los cuales cristalizan y se fijan con más ó menos intensidad los motivos, no son ni instantáneos, ni constantes en el tiempo, constituyen un *proceso afectivo*, en continua movilidad. De ésta dimanar las emociones, á las cuales, por virtud de la organización psico-física, acompañan movimientos que se corresponden con la índole específica de la emoción, siempre variable. Tales movimientos, psico-físicos por tanto (ó sintomáticos dicen otros), son los propiamente *expresivos*, contenido del lenguaje.

Forman emoción y expresión reunidas un solo proceso psico-físico, sin que pueda taxativamente fijarse en la una la causa y en el otro el efecto, pues su rítmica correlación en el *totum continuum* del fenómeno hace que se reproduzcan y refuercen mutuamente, observándose, por ejemplo, que nada aumenta y extiende más las emociones y las pasiones que su explosión momentánea en actos externos. Semejante correlación podría servir, según nosotros entendemos, de principio explicativo del contagio y de la sugestión, cuyos grados más elevados se sienten y perciben en los efectos de una elocuencia arrebatada. Y de idéntica manera se concebiría la sugestión producida por el arte escénico, cuyo resultado excede en límites inconmensurables á los producidos por la narración ó por la simple lectura. Aún podría ampliarse más y más consideraciones de orden análogo á las apuntadas. Base para ello queda esbozada, hágalas por sí el lector discreto y volvamos á la exposición de la doctrina de Wundt.

Consagrado el resto del capítulo I á la crítica de las teorías de Spencer, Darwin, Gratiolet y Piderit, de los movimientos expresivos y de la teoría del símbolo, trata Wundt en el capítulo II del lenguaje de los gestos (propio de los sordomudos, de algunos pueblos primitivos y empleado también en la mímica como auxiliar comple-

mentario de los demás movimientos expresivos). Distingue como formas principales de los gestos, los *indicativos* para designar en relación, lo más directamente posible, los objetos presentes, los *imitativos* ó *representativos*, subdivididos en *reproductivos*, *codesignativos* y *simbólicos*. Las reflexiones que le sugiere el examen de los gestos simbólicos son de una perspicacia y delicadeza admirables, cuando hace notar que evocan las ideas de los objetos sólo mediatamente y por especie de traslación de concepto, mediante la asociación de ellos, como acontece cuando se significa la imbecilidad con las orejas de un asno. En general el lenguaje de los gestos expresa, antes que nada, una emoción, y resulta grandemente aminorada la exteriorización del elemento representativo, de lo cual procede la indeterminación y vaguedad del lenguaje mímico. Es primero lenguaje para uno mismo (verdadera cópula mental ó conversación que sigue cada uno consigo), hasta que el elemento representativo que contiene toda emoción sugiere en los semejantes, como por especie de repercusión, substratum para las emociones, que despierta otras representaciones, más ó menos exactamente ligadas con el gesto.

Respecto á *los sonidos* (capítulo III), halla Wundt el punto de partida (siempre en el supuesto de que la significación primaria es la subjetiva y no la objetiva), en los gritos de los animales, de dolor y de cólera, á los cuales sigue un segundo momento, expresando emociones más moderadas y hasta agradables, cambio que se opera por la influencia de la vida social. Ingeniosas, y á veces audaces por lo infundadas, son las inducciones que hace Wundt para señalar una evolución, sin ruptura de continuidad del ruido al sonido, que representa el desarrollo completo de la expresión vocal en las dos formas de *modulación* y de *articulación*, reunidas ambas en el canto humano. Los orígenes que le atribuye Wundt como producto del arte, acompañando primero al trabajo, como la forma más primitiva de la poesía y de la expresión musical, son referidos al predominio del elemento rítmico.

Al estudiar el desenvolvimiento individual de la palabra, descubre Wundt en las articulaciones del niño que su lenguaje procede en general de la asimilación de las palabras que oye alrededor. Va más lejos en este punto que Egger (V. su *Parole intérieure*), el cual reconoce la existencia en el niño de una *iniciativa verbal*, disminuida, aunque no anulada, porque le dan la lengua ya hecha. Pero de la persistencia de tal iniciativa en el niño ofrecen ejemplos fácilmente perceptibles la frecuencia con que estropea las palabras (pronunciándolas mal ó cambiándolas), y aun usa otras que carecen de sentido, cuando quizá para él lo tengan. En la palabra, según Wundt, son distintos los dos procesos de la aparición de sonidos articulados y de la aplicación á la designación de los objetos. Los sonidos articulados primitivos, expresión del sentimiento y de emociones moderadas, son debidos á una disposición fisiológica, en virtud de la cual el niño reobra sobre los sentimientos mediante sonidos articulados y sobre los sabores por movimientos mímicos. Una vez aparecidos los sonidos articulados, el niño puede utilizarlos para reproducir instintivamente los que oye á las personas que le rodean. Así se observa que al lenguaje propiamente dicho precede en el niño la *ecolalia*, repetición de palabras sin sentido. En consideración semejante, y estimando la ecolalia como un salto atrás en el lenguaje, debe apoyarse Nordau (V. *Degeneration*) para descubrir síntomas de degeneración en todos aquellos escritores que abusan de la mencionada ecolalia. Respecto á la asociación del sonido con el objeto que expresa, sigue diciendo Wundt, requiere que intervengan las funciones aperceptivas, que en cierto modo intelectualizan el sonido y lo aíslan del gesto.

Luminosas son las reflexiones que sugiere á Wundt el estudio de los sonidos naturales y de las onomatopeyas. Para él los sonidos naturales son los vocales de los animales y del hombre, que, precediendo al lenguaje y representando un estado anterior á él, persisten en el hombre en la forma de gritos inarticulados para expresar las emociones violentas. Sirvan de ejemplo las interjecciones primarias, substituídas luego por las secundarias, es decir, por las palabras del lenguaje que expresan sólo sentimientos (¡Oh, Dios mío! ¡Ah, etc.!) y señaladamente por el vocativo. En las onomatopeyas se distingue las que llama imitaciones de sonido, que reproducen el del objeto que se quiere designar (*guau* para el perro) y las que designan un fenómeno que no produce ningún sonido por alguno de éstos que parece imitar la aparición del fenómeno, llamadas imágenes de articulación. A ellas añade después las metáforas vocales naturales, formación natural de palabras, que entre ellas y su significación se establece algún nexo por virtud del tono sentimental del sonido. La observación ingeniosa que hace en parte exacta, confirmando lo que indica, es que en todas lenguas indo-europeas las letras *k* *r* expresan la idea del sonido más ó menos modificado.

Trata del *cambio fonético* (cap. IV) que se explica, aparte las leyes específicas de cada caso concreto por condiciones cuya enumeración, aunque no sea completa, supone: 1.^a La amplitud (especie de plasticidad orgánica) del órgano para la articulación de cada sonido. 2.^a Los defectos de articulación; y 3.^a Los cambios que el órgano imprime á los sonidos de una lengua extraña al reproducirlos con la pronunciación en él habitual. Como causas que pueden producir en una sociedad la transformación regular y continua de las articulaciones de una lengua, señala la naturaleza exterior (aspiración de las palabras por nuestros andaluces), la mezcla de razas diversas (el castellano que hablan los americanos) y la civilización.

Termina este primer tomo Wundt con el estudio de *la formación de las palabras* (cap. V) y aún no da por agotado el tema, que ha de continuar en su segundo volumen. Desde luego el ya publicado ofrece doctrinas y observaciones dignas de tenerse en cuenta y que revelan un espíritu perspicaz, que, sin abandonar minucias y detalles, no se pierde en las unas ni se diluye en los otros, ni es óbice para la idealidad que preside á su concepción general del problema, que aborda y desenvuelve con tanta y tanta riqueza de datos.

Los procedimientos que emplea son los que viene usando en todas sus magistrales y ya clásicas obras psicológicas. Una observación certera, una selección cuidada de los datos que aduce y una inferencia prudente y bastante para comprender que no pierde de vista el punto especulativo y genuinamente filosófico que toca al corazón de la dificultad. La conclusión, que deja implícita, de que el lenguaje es ante todo un movimiento *psico-físico* de los llamados sintomáticos ó expresivos (con lo cual reafirma el sentido monista y unitario del problema psicológico); la declaración de la precedencia cronológica del lenguaje propiamente emocional respecto al reflexivo (con lo cual se libra del intelectualismo abstracto y escolástico); la afirmación de que el signo comienza por ser indicativo y aun imitativo para el que lo emplea como base, para poder convertirse después en vehículo ó medio de comunicación para la convivencia social (con lo cual la Psicología social se halla referida necesariamente á la individual como su raíz viva); las pruebas numerosas, aducidas en el contenido doctrinal del libro que analizamos, de que la iniciativa verbal del niño, auxiliada, á veces contenida por la imitación y aun por la imposición de los que le rodean, presta al lenguaje en su origen individual (cópula mental) su obligado complemento en el carácter

social, constituyen un conjunto de cualidades, que avaloran la obra de Wundt á un extremo que no se puede precisar, tanto más cuanto que ni uno de los tres términos á que reduce la Psicología social (lenguaje, mito y costumbre) queda totalmente expuesto. Pero por lo que se conoce, podrá ya apreciar el lector cuánta y cuán fecunda doctrina contiene la obra de Wundt, y cuánta más ofrece en los tomos sucesivos. Cuando aparezcan, procuraremos adelantar á nuestros lectores noticia minuciosa de su contenido.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

Marzo de 1901.

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

MODIFICACIÓN DE LOS ÓRGANOS POR EL TRABAJO

(Continuación.)

Si buscamos ahora las consecuencias de estos hechos, desde el punto de vista de la aptitud para el trabajo, encontraremos que la desaparición progresiva del tejido graso y el aumento de volumen de los músculos son dos condiciones que favorecen igualmente esa aptitud.

El aumento de volumen de los tejidos musculares produce un aumento proporcional de la fuerza del individuo. Sabido es, en efecto, que la potencia contráctil del órgano está en razón directa de su superficie de sección.

La disminución de los tejidos grasos facilita el trabajo, por muchas razones, que debemos explicar con algún pormenor.

En primer lugar, la desaparición de las masas de grasa, que infiltran los órganos, aligera el cuerpo y facilita todos los movimientos que tienen por objeto transportarlo de un sitio á otro: la marcha, la carrera, el salto. Este resultado es uno de los más importantes y de los más buscados en los diversos métodos de adiestramiento, que preparan para los ejercicios de velocidad. La grasa no sólo estorba el trabajo por su peso, sino que es una causa de calorificación excesiva del cuerpo durante el ejercicio muscular; se opone á la pronta refrigeración de la sangre, por ser mala conductora del calor; el cuerpo, envuelto en una capa de grasa, tiende á conservar su calor, como si estuviera cubierto de una capa de algodón. Cuando un hombre obeso se calienta por efecto del trabajo, irradia difícilmente su calórico al exterior, á través de la capa de grasa que lo recubre, y la sangre consigue difícilmente enfriarse. Podemos, por el contrario, observar la comprobación de este hecho. Los animales muy flacos soportan muy mal el frío. Los caballos de carrera, que por el adiestramiento han perdido su envoltura de grasa, temen los enfriamientos y, á pesar de su vigor extraordinario, no pueden prescindir, sin graves inconvenientes, de las mantas de abrigo y de la temperatura confortable en las cuadras.

Por último, otra causa de fatiga resulta de la acumulación de la grasa en el organismo, y es la facilidad con que este tejido cede al movimiento de desasimilación.

Sabido es que la grasa es el tipo de los tejidos de reserva. Estos tejidos tienen por misión hacer frente á los gastos supletorios de calórico, que un aumento de trabajo muscular puede exigir; son provisiones almacenadas en el cuerpo y siempre dispuestas á hacer el gasto de las combustiones. Se podría decir que estos materiales no forman parte integrante del organismo: son como un término medio entre los órganos, á que solamente están adheridos, sin entrar en su estructura íntima, y los alimentos de que proceden, y de los que se han separado como un ahorro diario.

Por estar destinados á desaparecer, los tejidos de reserva tienen, pues, menos resistencia que los tejidos que forman la trama fundamental de los órganos; por esto sufren exageradamente las combustiones vitales. El hombre provisto abundantemente de grasas gasta más calor, en igualdad de trabajo, que otro hombre del mismo peso, dotado de tejidos más secos y en el que dominan los músculos. Las combustiones parecen limitarse difícilmente en el hombre obeso, y la cantidad de calor producida excede con mucho de la que utiliza en el trabajo. Cuando un obeso ha perdido su grasa, puede decirse que el rendimiento de sus músculos ha aumentado; su contracción está alimentada por combustiones más moderadas, y el gasto de calórico tiende á acercarse cada vez más á la cifra del equivalente mecánico.

Hay otros elementos de fatiga que tienden á desaparecer en el hombre que adelgaza, á medida que disminuye en él el gasto de calórico: los productos de desasimilación. Estos productos son muy diferentes, según la naturaleza de las combinaciones químicas, origen del calor producido; están aún poco conocidos, pero no se puede menos de pensar que su composición está subordinada á la de los tejidos que los producen. Es fundado creer, por ejemplo, que los tejidos grasos, compuestos sobre todo de hidrógeno y de carbono, producen en su combustión, por la combinación con el oxígeno, mucho ácido carbónico y agua. Esta creencia está confirmada por la observación de los hechos, que nos demuestra cómo los individuos grasos se sofocan, en igualdad de condiciones, mucho más fácilmente que los delgados, y cómo están más sujetos á la transpiración que éstos.

Los hombres y los animales cargados de grasa sienten que se hace más fácil su respiración á medida que el adiestramiento les desembaraza de su exceso de tejidos grasos. Todos los adiestradores conocen bien que este beneficio no es el resultado solamente de la disminución del peso total del cuerpo, y del menor trabajo que por esto resulta, por ejemplo, para correr. En efecto, un caballo bien adiestrado, lo mismo que un pugilista en perfecta «condición», deben pesar lo mismo que antes de la preparación. Deben haber hecho adquisiciones de tejido muscular, que compensen las pérdidas de tejido adiposo.

En mi opinión, esta inmunidad para la sofocación procede, en gran parte, de que la ausencia de reservas hidro-carbonadas supone la disminución de los productos de combustión que tienen por base el hidrógeno y el carbono, y en particular el ácido carbónico. Un individuo bien adiestrado debe producir, en igualdad de trabajo, menos ácido carbónico que antes de la preparación.

En el adiestramiento de los caballos de carrera, se atribuye una importancia muy grande á hacer desaparecer la grasa, sabiendo bien que con esto se facilita mucho la respiración del caballo. Pero los adiestradores dan á este hecho una explicación de fantasía; pretenden que la grasa «interna» estorba los movimientos del pulmón y que,

suprimiéndola, se deja más libre el juego de este órgano. Esta explicación es de todo punto insuficiente. En primer lugar, el pulmón es, de todos los órganos internos, el menos sujeto á infiltrarse de tejido de grasa. Además, la inmunidad para la sofocación durante el trabajo se produce en todos los individuos adiestrados, aun cuando conserven cierta cantidad de grasa, superior á la que tienen los individuos que no se han sometido al adiestramiento.

Hay individuos que, según la expresión de las gentes del oficio, «se adiestran gruesos», es decir, que á pesar del trabajo, y á pesar de la facultad adquirida para soportarlo, conservan una fuerte dosis de tejidos grasos. En estos individuos, forma parte constituyente de su organismo cierta cantidad de grasa, y no pueden perderla, sino á condición de perder parte de su resistencia. Este hecho es muy conocido por los inteligentes en caballos, y está señalado en la excelente obra de Stonehenge sobre el adiestramiento del caballo de carrera. Hay muchos caballos susceptibles de adquirir la velocidad y el poder de respirar, sin perder su gordura tan completamente como los otros.

Cuando se frecuentan las reuniones de aficionados á la gimnasia, se ve que pasa en la especie humana como en la caballar, y que no es raro encontrar gimnastas muy ágiles y aun corredores de profesión, que presentan á la vez una notable gordura y una respiración muy libre y muy resistente á la sofocación. Al lado de estos individuos, se ven hombres que son de muy poco volumen, que apenas tienen bajo la piel algunos milímetros de tejidos grasos, y sin embargo, se sofocan (no estando adiestrados) incomparablemente más de prisa que los que siguen gordos y grasos después del adiestramiento.

Si la grasa no estorbase más que por su volumen, indudablemente no sería así; pero estorba, sobre todo, por la facilidad con que cede al movimiento de desasimilación, ó, en otros términos, por la facilidad con que se quema durante el trabajo. Ahora bien, todas las grasas no se queman con la misma facilidad. En ciertos temperamentos, la grasa forma parte integrante de la estructura de los órganos; es un tejido constitucional, tiene, por decirlo así, derecho de ciudadanía entre los elementos anatómicos que la acompañan. En otros, al contrario, su delgadez es el atributo dominante del temperamento, y toda la grasa que en ellos se encuentre es un elemento añadido, que sólo á título provisorio forma parte de su constitución, y que está destinado, por tanto, á desaparecer con la mayor facilidad. En unos la grasa es un tejido de «constitución», en los otros no es más que una «reserva», una provisión destinada á consumirse en la primera exigencia del organismo.

Es, pues, contrario á los hechos de observación, hablar de «grasa interna», que desaparece, y de «grasa externa», que persiste. La grasa se distribuye igualmente por todo el organismo; y si una causa, como el trabajo, por ejemplo, hace que disminuya, las partes que más trabajan son las que primero adelgazan.

Cuando se observan hombres obesos haciendo esgrima para adelgazar, se ve que en ellos la grasa interna no es la primera que disminuye; el abdomen es la región que conserva más tenazmente su provisión de grasa. Nada más falto de gracia que la forma del cuerpo en ese período ingrato, durante el cual el obeso ve disminuir los brazos, el pecho y las piernas, mientras que nada pierde de su vientre. Las regiones que más han trabajado con la esgrima han perdido su gordura; los brazos y las piernas parecen delgados, y el pecho, cuyos pectorales se han desecado por el trabajo, parece estrecho y hundido, en comparación con el abdomen, que sigue tan voluminoso

como al principio del ejercicio. Solamente insistiendo algunas semanas puede el obeso obtener lo que ante todo ambicionaba, la pérdida de su vientre. Ahora bien; la respiración se ha hecho más fácil y la sofocación ha disminuído mucho antes de la desaparición de las masas grasas del abdomen, masas cuya persistencia debe estorbar grandemente el movimiento de los pulmones, cuando se dilatan verticalmente.

La disminución de la sofocación, durante el adiestramiento, en el hombre ó en el caballo, consiste menos en la mayor libertad del pulmón por disminuir la grasa que lo rodea, que en la menor producción de ácido carbónico, á causa de haber desaparecido las provisiones de tejidos combustibles que originaban gran cantidad de este gas.

Los individuos habituados al trabajo de velocidad adquieren, muy de prisa la facultad de no sofocarse, porque el trabajo de velocidad es el que más pronto hace desaparecer los tejidos grasos.

La combustión de estos tejidos durante el trabajo explica de una manera satisfactoria por qué la práctica del ejercicio muscular disminuye la tendencia del hombre á sofocarse. El hombre adiestrado no tiene en su organismo elementos capaces de producir esa superabundancia de ácido carbónico, causa del estorbo respiratorio excesivo que experimentaba antes de habituarse al ejercicio. La desaparición de estos tejidos ricos en hidrógeno, explica también la menor tendencia del hombre adiestrado á transpirar. El sudor está compuesto en su mayor parte de agua, y la oxidación de un elemento rico en hidrógeno debía tender á producir un exceso de secreción acuosa.

La sofocación no es la única forma de la fatiga, como tampoco las grasas son los únicos tejidos de reserva. Mediante el trabajo se producen residuos de combustión nitrogenados, que no pueden derivarse de los tejidos hidrocarbonados. Hay entre los tejidos de reserva elementos albuminoideos, y de éstos proceden las sustancias nitrogenadas que se segregan por la orina, y que disminuyen cuando el organismo ha sido sometido mucho tiempo á la práctica asidua del ejercicio muscular.

Estos tejidos tienen, en la producción de las agujetas, la misma función que desempeña la grasa para producir la sofocación. Los tejidos grasos, al quemarse, dan ácido carbónico y otros productos ricos en carbono y en hidrógeno; los tejidos nitrogenados producen, por las combustiones, toda una serie de compuestos, ricos en nitrógeno, de los cuales son tipo el ácido úrico y las diversas sustancias extractivas. En mi opinión, y creo haberlo demostrado suficientemente, los residuos nitrogenados de la combustión que se forman durante el trabajo y permanecen en la sangre después, son causa de las molestias generales, febriles ó no febriles, que constituyen la fatiga consecutiva ó agujetas.

En el hombre acostumbrado al trabajo no se producen las molestias consecutivas del ejercicio. Es uno de los resultados más notables del adiestramiento, resultado que sería completamente inexplicable si no se admitiese que el ejercicio diario hace desaparecer del cuerpo el elemento orgánico á que se deben los fenómenos de la fatiga consecutiva. Este elemento, en mi opinión, es la reserva nitrogenada que encierran los músculos. Yo creo que esos materiales de reserva tienen su asiento en el músculo mismo; los hechos de observación demuestran, en efecto, que los hombres habituados á una forma determinada de ejercicio pierden su inmunidad para la fatiga, y pueden experimentar los efectos generales de las agujetas, si se entregan á un ejercicio diferente, que exija el ejercicio de músculos que aún no han sido modificados por el trabajo y que, por tanto, no han perdido sus tejidos de reserva.

El ejercicio modifica, pues, el músculo, no solamente haciendo engruesar sus ele-

mentos, sino cambiando su estructura, eliminando, no sólo la grasa, sino también los elementos nitrogenados, capaces de dar lugar á residuos de combustión superabundantes, de donde resulta la auto-intoxicación del organismo y la fatiga general consecutiva.

Así, cuanto más se analizan los hechos del trabajo, más se ve que la repetición frecuente de los movimientos musculares produce, en la nutrición de los tejidos vivos, modificaciones materiales capaces de poner al organismo al abrigo de las diversas causas de la fatiga.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Las paradojas científicas.—Las series de Crookes.—Lagunas de la serie.—Los auxiliares de los sentidos.—Perfección de las herramientas.—Progresos de la telegrafía sin hilo.—Emisor Rochefort, unipolar y receptor Tissot-Rochefort, de regulación mecánica.—Sus ventajas.—Su adopción por la marina francesa.

Nuestro distinguido colega M. des Houx ha traído excelentes cosas de su reciente viaje á la ciudad eterna, prescindiendo de una bendición apostólica, signo de desgracia, conocida la mala sombra vaticanesca de algún tiempo á esta parte. Una de ellas es esta sugestiva declaración que le ha hecho un amigo suyo, antiguo diplomático romano:

«He combatido todas las novedades; he redactado memorias concluyentes contra la posibilidad de un ferrocarril entre Bolonia y Florencia, entre Génova y Turín; he demostrado que el canal de Suez y los cables submarinos eran empresas quiméricas; he argumentado victoriosamente contra el fonógrafo y el telégrafo, que son y continúan siendo *paradojas* acústicas; pero hoy, si me anunciase usted la construcción de un telégrafo entre la tierra y la luna, no diría una palabra: creo posible todo.»

He aquí la declaración más explícita de la victoria de la ciencia sobre la fe y sobre las preocupaciones.

La palabra que me he permitido subrayar ha inspirado á nuestro colega uno de sus más brillantes artículos, publicado recientemente con este título: «Paradojas científicas», en el que después de hablar de la impotencia de nuestros sentidos para darnos la sensación consciente de todos los movimientos que nos rodean, recuerda que sir William Crookes ha trazado la tabla de las vibraciones de los flúidos, según que éstas nos son perceptibles. Comenzando por la del aire, el gran físico inglés ha hallado que, de 32 á 33.000 por segundo, nos dan la escala de los sonidos accesibles á nuestro oído. Un billón de vibraciones es la electricidad; 560 cuatrillones la luz; de 576 quintillones á un sextillón, los rayos Roengen.

Pero, según observa M. des Houx, hay lagunas en la serie, entre el sonido y la electricidad, entre la electricidad y la luz, entre la luz y los rayos X, y más allá aún. Estas lagunas representan fenómenos que no ejercen sobre nuestros sentidos una acción directa apreciable, pero que producen indudablemente un efecto poderoso en la naturaleza y del cual no tenemos aún conciencia.

En este caso es cuando los instrumentos, perfeccionándose de día en día, vienen

en nuestra ayuda; los anteojos astronómicos nos permiten ver lo que nuestro ojo no percibía, y la fotografía nos descubre una infinidad de astros imperceptibles á los más poderosos telescopios; la placa sensible es más impresionable que nuestra retina. Por último, esa misma fotografía, gracias á Røengen, ha hecho sensible la acción de rayos luminosos, cercanos de nosotros, pero invisibles á nuestro ojo, y ha encontrado sus propiedades de penetración no sospechados aún.

Del mismo modo, las señales que pueden enviarse por medio de las ondas hertzianas no son perceptibles á la vista, y para recogerlas ha sido necesario crear artificialmente un sentido nuevo, cuyo órgano tomó Marconi del físico francés Branly. Su receptor ó condensador consiste esencialmente en un tubito de cristal en que se hace el vacío y que contiene un poco de polvo de níquel y de plata con indicios de mercurio; polvo poco conductor en estado normal, pero cuyas moléculas se unen y se convierten de pronto en buenas conductoras en cuanto se impresionan por las radiaciones eléctricas que les envía el emisor.

La telegrafía sin hilo, nacida ayer y que parecía quedar como pura curiosidad científica, ha hecho progresos inconcebibles, gracias á los perfeccionamientos aportados á nuestros «sentidos auxiliares» por los instrumentos ó herramientas. Si estos progresos no sorprenden ya tanto como al principio del siglo pasado, en el que hombres de privilegiada inteligencia podían, sin caer en ridículo, decir que el ferrocarril apenas serviría para unir París á Saint-Germain, tenemos, no obstante, el derecho de admirarnos de su rapidez. Cuando los primeros experimentos de Marconi, el aparato sólo alcanzaba á 15 kilómetros y causó gran admiración; algunos meses después, el montenegrino Tesla, rival de los inventores de América, su patria adoptiva, nos habló de ensayos con buen éxito á 32 kilómetros. ¡Cuán lejos estamos hoy de aquellas cifras! Ultimamente se han hecho numerosos experimentos en Bélgica, Italia, Estados Unidos, Inglaterra, España y especialmente en Francia, y en la actualidad los buques de la escuadra y ciertos puntos de las costas francesas están provistos de aparatos que funcionan con la regularidad del telégrafo ordinario y á distancias que parece imposible se hayan alcanzado. Por este hecho y á pesar de los recientes experimentos señalados en su discurso por el profesor Flemmig, la marina francesa va á la cabeza de la de todas las naciones.

Débase este resultado á que la marina francesa ha tenido la buena idea de adoptar los aparatos contruidos por Octavio Rochefort, el brillante ingeniero de quien, tomándolo de la prensa científica, he señalado algunos de sus inventos más notables en una de mis crónicas, que he tenido el gusto de ver reproducida por varias revistas extranjeras.

Uno de nuestros colegas ha observado con razón que los aparatos Rochefort son, no solamente ingeniosos, sino también «nuevos». En el aparato emisor, siendo el órgano esencial la producción de las ondas, es evidente que cuanto más poderosas sean las ondas emitidas, más probabilidades tendrán de llegar más lejos. Por lo mismo, Octavio Rochefort utiliza un transformador en bobina de una incomparable potencia que ha inventado y que construye. El transformador llamado «unipolar» tiene uno de sus polos de tensión nula ó inapreciable, y este polo puede ponerse en el suelo sin que la chispa producida—que puede alcanzar 45 centímetros y se aproxima al Letonador de Herz—pierda nada de su fuerza ni de su longitud. Es esta una cualidad esencial, en atención á que en la telegrafía sin hilo ha de tenerse siempre uno de los polos en el suelo, y las bobinas ordinarias pierden por esta causa casi la mitad de su fuerza.

En lo referente al receptor, el condensador Branly ha sido ventajosamente reemplazado en la marina francesa por el tubo radio-conductor Tissot-Rochefort, que consiste en un tubo con limaduras de hierro dulce colocado en un campo magnético cuya potencia puede variarse exteriormente, lo que permite regular su sensibilidad. Este tubo tiene además la ventaja de suspender fácilmente su acción, lo que es de una importancia capitalísima, porque después de haber recogido la señal, es necesario que el tubo esté inmediatamente dispuesto para recibir una nueva onda eléctrica, es decir, una nueva señal, y así sucesivamente.

Ya en 1897, M. Tissot, teniente de navío, profesor en el *Borda*, podía comunicar de Brest á la isla de Onessant, empleando el sistema del sabio Popoff, modificado por Tissot, siendo los aparatos contruidos por M. Ducretet, que se ocupaba con entusiasmo de este interesante asunto.

M. Voisenat, y luego M. Marchandea, inspectores de correos y telégrafos, fueron los primeros que experimentaron los emisores Rochefort. Los resultados obtenidos comprometieron á M. Tissot á experimentarlos á su vez. Aquello fué un gran progreso; las distancias franqueadas fueron en seguida triples y cuádruples: 80 kilómetros.

Octavio Rochefort dedicó entonces toda su energía á resolver los problemas que le planteó M. Tissot y otros oficiales de marina, que desde el descubrimiento de Marconi trabajan sin descanso y con tanta modestia como mérito en el resultado final.

De perfeccionamiento en perfeccionamiento se ha llegado al caso actual, que supera las esperanzas. Los aparatos empleados por la marina francesa salen de los talleres de M. Rochefort. Hemos hablado del emisor y del receptor, órganos esenciales. En cuanto á los aparatos accesorios, todos son absolutamente nuevos y funcionan sin las incertidumbres del principio.

Es digno de la más sincera felicitación el joven ingeniero, considerando que las potencias navales destinan sumas enormes á los que se dedican al estudio de este asunto, y que en Francia es necesario casi exclusivamente contar con el amor de la ciencia y la satisfacción íntima personal.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

ACTO III

Gabinete de Hargand. Muebles severos y ricos. Puerta en el fondo. Á un lado y otro de la puerta grandes bibliotecas. Las paredes cubiertas de tapicerías antiguas. Sobre la chimenea, que estará entre dos ventanas, un busto de mármol. Frente á la chimenea una mesa escritorio llena de papeles. Sillones con altos respaldos. Vitrinas con muestras de minerales y de piedras.

Al levantarse el telón, Hargand estará sentado y trabajando en la mesa escritorio.

Un criado introduce á Maigret. Este se sienta frente á Hargand.

ESCENA I

HARGAND Y MAIGRET

Maigret. (*Mirando una lámpara que está cerca de Hargand, sobre los papeles en desorden*). ¡Ahl... De modo que esta noche no se ha acostado usted.

Hargand. He descansado un poco sobre el diván. ¿Qué noticias hay?

Maigret. Los ajustadores no han venido hoy al trabajo; han fraternizado con los huelguistas. ¡Era cosa prevista! He tenido que apagar las máquinas.

Hargand. ¿No ha habido escenas violentas como ayer?

Maigret. No; la noche se ha pasado con relativa tranquilidad. Ayer tarde Juan Roule reunió á los huelguistas en el Pré-du-Roy, y sobre una mesa alumbrada por hachas de viento, les ha leído trabajos literarios, relatos llenos de crímenes, de suplicios. Luego les ha exhortado al martirio... Cuando se cansaba, Magdalena cogía el libro y continuaba la lectura con voz extraña y penetrante... Sea por laxitud ó por falta de interés, no había casi ningún hombre. El auditorio se componía en su mayoría de mujeres, que escuchaban con religioso silencio... Se han retirado sin ruido ni desorden.

Hargand. Qué singular figura es la de ese Juan Roule. En otro tiempo hubiera sido tal vez un gran hombre, un apóstol.

Maigret. ¡No sé! En nuestros días es sencillamente un mal sujeto. Por fortuna carece de sentido político y no sabe ni á dónde va ni lo que quiere. De otra manera, con la poderosa ascendencia que tiene sobre los espíritus débiles, la lucha que habríamos de sostener sería terrible, atroz.

Hargand. A los místicos hay que temerlos más que á los otros, porque hablan al corazón de las multitudes y porque éstas sólo se exaltan por lo que no comprenden. ¿Y Magdalena? ¡Qué extraña transformación!

Maigret. Es tal vez más temible que Juan Roule. ¡Hay en sus ojos un fuego sombrío!

Hargand. ¿Está usted seguro de que no tienen dinero?

Maigret. ¡Sí, estoy seguro! Empiezan á sentir el hambre. Con el saqueo de la tienda de Rodet y de las panaderías no han conseguido nada. Sin embargo, mañana...

Hargand. ¿En resumen?

Maigret. Pues que á pesar de que aparentemente la cosa empeora, cada día hay menos entusiasmo, menos fe. Algunos ya hablan mal de Juan Roule. ¡Pobres gentes! ¡Está visto que no son capaces de resistir ocho días de hambre!

Hargand. No comprendo por qué Juan Roule ha rechazado el apoyo y concurso de los diputados radicales y socialistas. Con esa negativa ha privado á los huelguistas de socorros que hubieran alentado su resistencia... Es inexplicable su proceder. ¿Qué esperará?

Maigret. ¡Algún milagro! Hacer que nazca en los espíritus el sacrificio heroico, el martirio. (*Levanta los hombros.*) Afortunadamente eso no son cosas de nuestra época.

Hargand. (*Reflexivo.*) ¿Quién sabe?

Maigret. (*Con escepticismo.*) Sea como fuere, ya es hora de que las tropas lleguen.

Hargand. Llegan hoy. Debo declarar que he recurrido á tal extremo con toda la tristeza de mi alma. ¡Ahora, á la menor provocación por un cualquiera, correrá la sangre! (*Silencio.*) Pero ¿podía yo hacer otra cosa? Hay aquí existencias inocentes sobre las que pesa una amenaza y á las que yo me creo en el deber de proteger... Espero que las tropas harán uso de su fuerza con moderación. (*Silencio.*) ¿Y mi hijo?

Maigret. De él os iba á hablar precisamente... Roberto tuvo ayer tarde, antes de la reunión en el Pré-du-Roy, una entrevista con Juan Roule...

Hargand. ¡Eso no es posible!

Maigret. ¡Dispense usted!

Hargand. ¿Está usted seguro?

Maigret. ¡Sí, señor; seguro!

Hargand. ¿Y con qué objeto? (*Maigret hace un gesto que significa que no sabe nada más.*) Desde que los huelguistas, el día que se marchaba obedeciendo mis órdenes, se lo llevaron de la estación al grito de ¡viva Roberto Hargand!, que continúa siendo su prisionero. Roberto parece que comprendió la situación anormal y vergonzosa en que quedaba por su conducta, con relación á los huelguistas y á mí. Ayer estaba más agitado y sombrío que de costumbre. Creí que tenía algo que decirme, pero nada me ha dicho.

Maigret. ¡Tal vez haya intentado cerca de Juan Roule alguna idea de conciliación!

Hargand. ¡Eso me resultaría penoso y humillante!... (*Silencio.*) De las tristezas de estos días, esta sería para mí la más dolorosa y profunda... ¡Maigret! ¡Lo que me ha herido el corazón horriblemente ha sido la terrible, la infernal idea de ponernos á mi hijo y á mí frente á frente. ¡Eso es infame, monstruoso, como un parricidio!

Maigret. No exagere usted, señor. Lo que ellos han creído al no dejarle marchar, es que con él tenían alguien que les sería útil, que defendería su causa y que tal vez os arrancara alguna concesión; porque Roberto es un hombre generoso y recto.

Hargand. ¡Sí, pero exaltado hasta darme miedo! ¡Su alma es un volcán agitado que arroja lava!

Maigret. No se alarme usted así; Roberto tiene conocimiento de su deber.

Hargand. Sí; pero ¿dónde cree él que está su deber? No lo sé. (*Silencio.*) Yo también, querido Maigret, me siento trastornado y descontento de mí mismo... mi corazón está devorado de angustia. ¡La duda de si he obrado bien ó mal con esos desgraciados, de si eran dignos de mejor suerte, me trastorna, me confunde!

Maigret. Dispense usted que le diga que no es este el momento más á propósito para discutir estas cuestiones. Usted y nosotros todos tenemos necesidad de su firmeza de alma, de su grande espíritu de decisión. Yo puedo decirle que no tiene usted nada que reprocharse á sí mismo, que cuanto ha sido posible hacer lo ha hecho en conciencia. Veamos si no: ¿Existe en toda Francia una casa donde los trabajadores sean tan bien retribuidos y respetados como en la de usted? Hoy no debe usted tener más que una preocupación, un pensamiento: ¡vencer la huelga! ¡Luego tendrá tiempo sobrado para dudar, para soñar!

Hargand. (*Pasándose la mano por la frente.*) ¡En fin! (*Recoge algunos papeles de sobre la mesa, los mete en una carpeta y los entrega á Maigret.*) El correo... Ahí hallará usted proposiciones que me hace Alemania para asegurar los pedidos durante la huelga. Me parecen algo duras é inoportunas. Ya lo verá usted. Estúdielas y esta tarde me dará su opinión. (*Se levanta. Maigret también y se dispone á salir.*) ¿Ha dispuesto usted lo necesario para que las tropas no carezcan de nada?

Maigret. ¡Sí, todo está dispuesto!

Hargand. ¿No hay nada que temer?

Maigret. ¡Oh! no. La guardia civil ocupa las panaderías.

Hargand. (*Le da la mano.*) Perdone usted mi desfallecimiento de hace un instante... ¡Usted, que soporta el peso del odio de toda esa gente!... (*Maigret hace un gesto como para negarlo.*) ¡Hasta luego!

Maigret. Hasta luego, Sr. Hargand.

(*Sale Maigret. Hargand arregla un poco los papeles. Toca el timbre. Se presenta un cria-*

do.) Diga usted al Sr. Roberto que le espero aquí. (*Sale el criado. Hargand, meditabundo, se pasea por la sala. Luego va á apoyarse sobre el mármol de la chimenea. Entra Roberto.*)

ESCENA II

HARGAND, ROBERTO HARGAND

En presencia de su hijo, Hargand pierde la calma. Progresivamente de meditabundo y melancólico que se hallaba en la precedente escena, la expresión de su cara se convierte en nerviosa y agresiva. Hace esfuerzos para dominarse.

Hargand. ¡Siéntate y hablemos!

Roberto. (*Se sienta.*) Le escucho, padre.

Hargand. (*Tono áspero.*) Tu entrada aquí ha sido triunfal. ¿No es eso? ¿Verdad que sí?

Roberto. ¡Oh, padre!

Hargand. ¿Qué otra palabra quieres que emplee? Te han conducido aquí como una bandera, como una bandera.

Roberto. ¿Por qué me habla en ese tono? ¿Por qué evoca usted el recuerdo de un incidente que tan doloroso nos fué á los dos?

Hargand. (*Conteniéndose.*) Bueno, ¿y después? Lo que ha sucedido estaba ya preparado. (*Con ironía.*) No podía esperar yo otra cosa de tus convicciones; ¡porque los sentimientos de familia, el respeto!... (*Roberto mira á su padre con tristeza.*) En fin, tenías convenido que tu actitud sería neutral en los acontecimientos que aquí se desarrollan; ¡y yo creí que tu compromiso con relación á ti mismo, y en las circunstancias que tú sabes, sería sagrado!

Roberto. ¿Es que he faltado?

Hargand. ¿Qué son, si no, esas reuniones clandestinas que tú, mi hijo, has tenido con Juan Roule, jefe de la huelga?

Roberto. (*Con extrañeza.*) ¡Esas entrevistas! (*Con firmeza.*) ¡No he tenido más que una ayer tarde, es cierto!

Hargand. ¿Con que lo declaras? ¿y tienes valor para declararlo?

Roberto. ¿Por qué no? He obrado como debía. ¿Cree acaso que esa entrevista tenía carácter de hostilidad contra usted?

Hargand. ¡Hostilidad ó mediación es para mí un ultraje! ¿Te había rogado yo que intervinieras? ¿En virtud de qué te has abrogado tú ese mandato? ¿Cómo no has comprendido que cualquiera que fuera el objeto de esa entrevista, en las actuales circunstancias no podía tener otro resultado que disminuir mi autoridad, lo cual es dar un arma más á mis enemigos? Y si lo comprendiste, ¿por qué lo has hecho?

Roberto. ¿Cómo habré podido disminuir vuestra autoridad y armar á vuestros enemigos si yo les he hablado sólo en mi nombre?

Hargand. ¿En tu nombre? ¿Y con qué derecho? ¡Tú aquí no eres nada, nada, nada!

Roberto. ¡Yo soy un hombre!

Hargand. (*Imperioso.*) ¡Tú eres mi hijo!

Roberto. ¿Es que por ser hijo de usted he perdido el derecho de pensar según mis ideas, amar según mi amor y vivir según mi destino? Yo cumplo una misión.

Hargand. ¿Y esa misión es la de levantarte contra mí, la de fraternizar con mis enemigos? ¡Tan torpe y ciego he sido al llamarte hacia mí! ¿Cumples una misión?

Será aprobando tal vez esos gritos abominables de ¡Viva Roberto Hargand!... que oigo á cada instante y que me hieren el corazón como dardos envenenados. Aprobando igualmente esas amenazas de muerte, de incendio y robo, todas cuantas atrocidades laten en el alma de esos salvajes, cuyas furias desencadenadas pesan sobre mí. ¿Es esa tu misión? Ten el valor de llamar las cosas por su nombre y llama á eso ¡ambición! ¡di que te importa muy poco que ella se satisfaga con la muerte de tu padre y la ruina de los tuyos!

Roberto. *(Se levanta.)* ¡Yo no tengo otra ambición que la felicidad de los hombres, por la que he sacrificado mi fortuna, mi juventud y pienso sacrificar mi vida!

Hargand. ¡Y la mía!...

Roberto. ¡Padre! es usted muy nervioso y habla injustamente. Debo evitar que entre nosotros se pronuncien palabras irreparables, y os ruego me concedáis permiso para retirarme.

Hargand. ¡No, no te retires! *(Anda por la sala con agitación. Se sienta junto á la mesa escritorio. Conteniéndose.)* Vamos á ver, ¿qué objeto tuvo tu entrevista? ¡Tengo necesidad de saberlo!...

Roberto. *(Se sienta también.)* No tengo interés en ocultarlo. Ayer supe por Genoveva que habíais pedido tropas para reprimir la huelga y que éstas llegarían hoy. Comprendí que se nos venía encima la catástrofe, y yo no pude, no puedo soportar la idea de que cientos de hombres mueran aquí en vuestra propia casa por un mal que aún es posible evitar y que su sangre caiga sobre usted. *(Corto silencio.)* He aquí por qué me decidí á hablar con Juan Roule.

Hargand. ¿Por qué hablar con él y no conmigo?

Roberto. ¿Ha olvidado usted que me lo había prohibido? Y además supuse que sería inútil.

Hargand. ¿Qué sabías tú?

Roberto. Le conozco á usted lo suficiente para saber que tan terrible resolución no la había tomado por que sí, sino tras largos combates con usted mismo y que no era fácil, por consecuencia, que mis palabras fueran oídas *(Por un movimiento de Hargand.)* ¡Oh, padre! Le suplico á usted que no interprete mis palabras por su valor estricto, sino por el sentido y la intención respetuosa que me las dicta. Juan Roule, tan exaltado y violento, no es inaccesible á la razón; le creo, al contrario, un alma llena de piedad, y quise hacerle comprender la responsabilidad que sobre él pesaba teniendo en sus manos la vida de algunos miles de hombres. El mismo, espontáneamente, me prometió que hoy vendría á veros y haceros nuevas proposiciones. Nada discutí con él sobre el particular, ni nada tampoco le prometí. De su parte no me dijo más sino que vendría aquí. He ahí todo lo que sucedió durante nuestra entrevista.

Hargand. ¡No le recibiré... no le conozco para nada... le despedí de la fábrica!

Roberto. ¡Usted le despidió, pero cinco mil obreros le han elegido!

Hargand. ¡Cinco mil facciosos! No tengo por qué obedecerles... ¡Que se sometan primerol

Roberto. ¿Y si os prometieran la paz?

Hargand. ¿Al precio de condiciones absurdas y deshonorosas? ¡No, no! están locos si lo creen! *(Se levanta y anda por la sala. Corto silencio.)* Nos hemos dicho hace un momento palabras ofensivas, pero inútiles; palabras que no remedian nada y hacen

daño... Hablemos razonablemente. (*Va á apoyar la espalda á la chimenea.*) Yo no te creo mal hombre; te he probado que no era tampoco un tirano, sino que, al contrario, poseo en alto grado el respeto á la libertad de los demás... Te he dejado crecer y desenvolverte con entera libertad, según tu propia naturaleza, y no puedes reprocharme haber contrariado jamás tus ideas.

Roberto. (*Con viveza.*) Y le juro con toda la sinceridad de mi corazón que le estoy sumamente agradecido.

Hargand. ¡Sin embargo, yo las juzgaba utópicas, peligrosas, ó, lo menos, muy distantes de las mías! ¡Tus ideas han destruido el sueño, tanto tiempo acariciado, de que fueras un colaborador de mis trabajos durante mi vida, después de muerto yo un conservador de cuanto he creado. (*Con emoción y alteración en la voz.*) No pude nunca prever esta situación dolorosa, lógica y fatal, pese á mi ceguera!... ¡Dios sabe ahora! (*Con interrupciones. Roberto, triste y conmovido, apoya en las manos su cabeza.*) ¿Comprendes?

Roberto. ¡Padre, padre! ¡me hace usted mucho daño!

Hargand. (*Continúa penosamente.*) En fin, no pude prever lo que ha llegado; no se me ocurrió jamás que mi liberalismo paternal nos llevaría un día á hablarnos y mirarnos, no como padre é hijo, sino como enemigos.

Roberto. (*Levantándose rápidamente.*) ¡No diga usted eso, por favor! (*Con entusiasmo.*) ¡Os amo, os amo, padre mío!

Hargand. Lo sé, lo sé, hijo mío. (*Silencio.*) Si no nos amáramos, ¿sufriríamos tanto?

Roberto. ¡Padre mío, padre mío! (*Se dirige hacia su padre; pero cae abatido sobre su asiento. Corto silencio.*)

Hargand. ¡Escúchame un momento! En toda mi vida no he tenido otra pasión que el trabajo, no por el dinero, las riquezas y el lujo, sino por la fuerte y noble satisfacción que produce, y también desde algunos años á esta parte, porque me hace olvidar recuerdos que torturan mi corazón. Puedo hacerme justicia declarando que mi función social, mi papel de hombre laborioso, ha sido más útil para los demás que las tenebrosas teorías, las vanas promesas y los ensueños imposibles. Con todo lo que he producido, con lo que he arrancado á la materia inerte, si no he enriquecido á cuantos me rodean, he aumentado, al menos, su bienestar, he endulzado la dura condición de su existencia, poniendo á su disposición, á precios reducidos, todo cuanto necesitan para vivir y que antes de mí no tenían. He sido siempre sobrio de palabras; pero mis actos han hablado siempre con elocuencia en mi favor... ¿Es esto cierto?

Roberto. ¡No he negado jamás la buena voluntad de usted, ni la persistencia de sus esfuerzos!

Hargand. En cuanto á las relaciones sociales que he establecido entre los obreros y yo, son tan amplias en el sentido de su emancipación, que mis amigos me las reprochan como cobardía, como abdicación... De niños, me ocupé en criarlos é instruirlos; cuando hombres, los moralizo y llevo hasta la plena conciencia de su individualidad; cuando viejos, los pongo al abrigo de la miseria. ¡En mi casa pueden nacer, vivir y morir!...

Roberto. (*Interrumpiéndole*) ¡Pobres! (*Silencio.*) ¡Sí; usted ha hecho eso... pero ellos siempre, siempre en la miseria!...

Hargand. (*En alta voz.*) ¡No es mía la culpa!

Roberto. ¿Es de ellos acaso?

argand. ¿Puedo yo quebrantar la inmutable ley de la vida, que impone el dolor como condición precisa para crear, para fundar algo?

Roberto. ¡Esa declaración execrable, padre mío, sirve para justificar todas las violencias y excusar todas las tiranías!

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducción de Antonio López.)

(Continuará.)

PARIS

(Continuación.)

—¡Cómo, señorita!—dijo—¿no ha venido su señora madre acompañándola?

La joven, que según costumbre vestía traje azul obscuro, estaba nerviosa; reconocíase por sus ojos que tenía mal humor, y al erguirse con un movimiento de cólera, su deformidad se acusó más, dejando ver que el hombro izquierdo era más alto que el derecho.

—No; no le ha sido posible... Debía ir á casa de su modista; nos hemos detenido demasiado en la Exposición del Lirio, y ha querido que la dejáramos á la puerta de su costurera al dirigirnos aquí.

Camila era la que había querido prolongar hábilmente la visita á la Exposición, esperando impedir la cita de su madre, y su cólera provenía de la facilidad con que Eva se había librado de su hija, gracias á una mentira.

—Pero—dijo Pedro ingenuamente—si yo fuese ahora mismo á casa de la costurera, tal vez podría conseguir que la entregasen mi tarjeta.

Camila dejó escapar una carcajada, por lo singular que le pareció la idea.

—¡Oh! ¡quién sabe si usted la encontraría! Tenía otra cita muy urgente, y tal vez haya ido ya.

—Pues entonces la esperaré aquí. Seguramente vendrá á buscar á usted. ¿No es verdad?

—¿A buscarnos? ¡Oh, no! puesto que le digo á usted que tiene otros asuntos, una cita muy importante. El coche nos conducirá solos, á mi hermano y á mí.

Y la dolorosa ironía de Camila mezclábase con una amargura creciente. Aquel sacerdote, pues, no comprendía, y con sus cándidas preguntas la martirizaba más. Sin embargo, debía saber, puesto que todo el mundo sabía.

—¡Ah! esto me contraría mucho—dijo el abate, tan contristado, que las lágrimas asomaban á sus ojos—. No hago más que trabajar en favor de ese pobre anciano desde por la mañana, sin conseguir mi objeto. Tengo dos líneas del señor padre de usted, y el señor Gerardo me había dicho...

El abate se turbó de pronto, pues al punto vió claro, en su divina indiferencia por el mundo y poseído siempre de su única pasión por la caridad.

—Sí—continuó—acabo de ver á su señor padre con el señor de Quinsac.

—Ya sé, ya sé—dijo Camila con su aire burlón de joven que no ignora nada.—¡Pues bien, señor abate, si ha ido usted á solicitar algo de papá, y tiene usted dos líneas para mamá, será preciso que la espere hasta que haya concluido su asunto... Algunas veces tarda bastante, y podrá usted venir á casa á eso de las seis; pero dudo que la encuentre, por poco que se entretenga.

Sus ojos brillaban con expresión de odio y sus palabras revelaban una ironía espantosa, casi salvaje, cortante como un cuchillo, con el que hubiera querido agujerear la garganta de su madre, tan hermosa todavía. Ciertamente que jamás la había odiado hasta este punto, á pesar de lo que envidiaba su belleza y su felicidad de ser amada. Su ironía, en sus labios de virgen ante aquel sacerdote inocente, era como una oleada de cieno oculta, que ella trataba de ahogar.

Pero Rosamunda volvió, muy febril al parecer, y se llevó á Camila.

—¡Ah, hija mía!—exclamó—venga usted. Esas bailarinas son extraordinariamente deliciosas, embriagadoras.

Jauzen y el pequeño Massot siguieron á la princesa; mientras que todos los hombres salían de las habitaciones oprimiéndose y tropezando unos con otros al penetrar en el salón, pues acababan de saber que las bailarinas iban á continuar sus danzas. Esta vez debían ejecutar la galop de que ya se murmuraba en París, ese baile frenético en que saltaban y relinchaban como yeguas aguijoneadas por el cielo. El abate vió oscilar las líneas de cabezas, como si pasara sobre ellas un fuerte vendaval. Con las ventanas cerradas, las lámparas eléctricas parecían formar un inmenso brasero del que se exhalaban penetrantes perfumes; y otra vez resonaron las carcajadas y los aplausos en medio de aquella voluptuosidad que se desbordaba.

Cuando Pedro se encontró de nuevo en la acera de la calle, permaneció un momento aturdido, con los párpados temblorosos, asombrado de ver la luz del claro día. Las cuatro y media iban á dar, y aún debía esperarse cerca de dos horas para ir al palacio de la calle de Godot-de-Mauroy. ¿Qué haría? Pagó á su cochero y prefirió dirigirse á pie poco á poco á los Campos Elíseos, puesto que le sobraba tiempo. Tal vez esto calmaría la fiebre que le abrasaba las manos, en aquella pasión de caridad que gradualmente le invadía de nuevo desde la mañana á medida que encontraba mayores obstáculos. Ahora no tenía más que un afán, que era dar cima á su buena obra, la cual creía al fin segura; y esforzándose para acortar el paso, como si fuera de paseo, á lo largo de la magnífica avenida que el claro sol acababa de secar, y que la multitud alegraba, bajo el cielo otra vez azul, como en un día de primavera.

¡Cerca de dos horas debía perder, mientras que el mísero Laveuve, tendido sobre sus harapos en su helado tugurio, estaba agonizando! Bruscos accesos y una impaciencia irresistible agitaban á Pedro, comunicándole la necesidad de correr, de encontrar al instante á la baronesa Duvillard para obtener de ella la orden salvadora. Sospechaba que se hallaría por allí, en una de esas calles discretas, y no le irritaba poco verse obligado á esperar de aquella manera, para salvar una existencia, hasta que la dama hubiere terminado el asunto de que su hija le habló con miradas asesinas. Parecíale ver al padre en casa de una joven, á la madre en los brazos de un amante, al hermano y á la hermana, sabiéndolo todo, acostumbrándose el uno á las perversidades imbeciles, mientras que la otra, poseída de enojo, soñaba en robar aquel amante á su madre para casarse con él. Y los carruajes bajaban al trote por la triunfante avenida, en tanto que la multitud deslizábase con su lujo á lo largo de las calles. Toda aquella gente estaba alegre y contenta, sin sospechar, al parecer, que en alguna parte había un abismo abierto, donde todos iban á caer y á quedar aniquilados.

Cuando Pedro llegaba á la altura del Circo de verano, vió de nuevo con sorpresa á Salvat sentado en un banco. El obrero debía haber venido á encallar allí, después de muchos pasos inútiles, rendido de fatiga y de hambre. Sin embargo, debajo de su chaquetón se veía siempre un bulto, sin duda el pedazo de pan que llevaba á su alo-

jamiento. Y con los brazos caídos miraba meditabundo á los niños que delante de él hacían montones de arena, para destruirlos después con el pie. Sus párpados enrojecidos se humedecían; una sonrisa de infinita dulzura entreabría sus labios descoloridos; y esta vez, Pedro, poseído de inquietud, quiso interrogarle. Pero Salvat, desconfiando siempre, se levantó, dirigióse hacia el Circo, en el cual se concluía un concierto, y comenzó á dar vueltas delante de la puerta de aquel edificio de fiesta, donde dos mil felices escuchaban la música.

V

Cuando llegaba á la plaza de la Concordia, Pedro recordó de pronto la cita que el abate Rose le había dado, á eso de las cuatro, en la Magdalena, y que él olvidaba en medio de la fiebre de sus diligencias. Se había retardado, y apresuró su marcha contento de aquella cita que le ocuparía algún tiempo.

Al entrar en la iglesia quedó sorprendido al ver que la noche había cerrado casi del todo. Tan sólo ardían algunos cirios; grandes sombras habían invadido la nave; y en medio de aquellas semitiñieblas, una voz muy alta y clara hablaba de continuo, sin que se distinguiera al pronto más que un numeroso auditorio, el conjunto pálido y confuso de las cabezas inmóviles en su atención. Era que Monseñor Martha, en el púlpito, concluía su tercera conferencia sobre el espíritu nuevo; las dos primeras habían hecho mucho ruido, y todo París estaba allí, mujeres de mundo, hombres políticos y escritores, seducidos por el arte del orador, cuya dicción era hábil y entusiasta, y que hacía ademanes de gran comediante.

Pedro no quiso perturbar aquella atención recogida, aquel silencio en que solamente resonaba la palabra del sacerdote, y esperó para buscar después al abate Rose, permaneciendo de pie junto á un pilar. Un resto de luz del día, que llegaba oblicua y moribunda desde una ventana, iluminaba precisamente al orador, alto y robusto, que tendría poco menos de cincuenta años. Sus facciones eran agradables, los ojos negros y vivos, la nariz aguileña, y la boca sobre todo, muy pronunciada; pero lo que seducía principalmente los corazones era la poderosa simpatía, la expresión constante de amabilidad suma que modificaba la imperiosa autoridad del rostro.

Pedro había conocido en otro tiempo al sacerdote como cura en Santa Clotilde; debía ser de origen italiano, aunque nacido en París, y había salido de San Sulpicio con las mejores notas, dotado de una inteligencia, de una ambición y actividad que comenzó á inquietar á sus superiores. Nombrado después obispo de Persépolis, desapareció; había ido á pasar cinco años en Roma, entregado á ocupaciones desconocidas; y desde su regreso, maravillaba á París por su feliz propaganda, ocupándose de múltiples asuntos, y muy querido en el arzobispado, donde llegó á ser todopoderoso. Se consagraba sobre todo, con milagrosa eficacia, á multiplicar las suscripciones para concluir la obra de la basilica del Sagrado Corazón. Nada perdonaba, ni las conferencias, ni las cuestaciones, ni las visitas á los ministros, y hasta á los judíos y los francmasones. En los últimos tiempos había ensanchado más aún la esfera de acción en que operaba; quería reconciliar la ciencia con el catolicismo, y reunir toda la Francia cristiana alrededor de la República, predicando por todas partes la política de León XIII para el triunfo definitivo de la Iglesia.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci de Barcelona.)

SECCIÓN GENERAL

INFUNDIOS TEOLÓGICOS

Los deístas profesionales, explotadores del supernaturalismo espiritual, hábiles forjadores de la *Divinidad todopoderosa*, que suponen gratuitamente gobierna el universo, en sus deliquios especulativos, han llegado á sentar con la categoría indiscutible de *divinas verdades reveladas* los más fantásticos principios teológicos, atribuyendo á sus infundiosas *creaciones teístas* las facultades más opuestas y entre sí divergentes.

En la inmensa balumba de divinidades extravagantes que en toda la redondez de la tierra se disputan el dominio de explotar y dominar la conciencia humana, danse dioses de todas las categorías y especies: los hay que asumen en sí la doble potencia del *bien* y del *mal*, como el indico *Yama*; únicos como Alah, y trinos como el Dios de los cristianos ó el de los budistas.

El Dios de todas las *religiones positivas* es, por regla general é invariable, un Ser todopoderoso, supremo creador, organizador y conservador del universo; espíritu omnisciente, eterno en pretérito y en futuro, simple, impasible, inmutable, bondad, justicia, misericordia, amor, omnipotencia, providencia y suma de toda belleza y perfección, sin que sea humanamente posible imaginar un ser extraño á Dios que posea, ni poseer pueda, en un grado superior, ni uno solo de los celestiales atributos que forman parte de su infalible divinidad...

Mas, á pesar de ser Dios todo esto, la bondad suprema, el sumo bien y la fuerza indomeñable, los que viven dulcemente holgados, explotando su santo nombre, no tienen el menor escrúpulo en arrastrar majestad tan elevada y preeminente por los hediondos lodazales de las más bajas pasiones humanas, y con harta frecuencia vemos al todopoderoso *Bracma* servir de pretexto para que los chinos fanatizados degüellen sin piedad á los cristianos; que Alah el *dulcedumbre*, inspira á los hijos del Profeta guerrero para que exterminen en horrendas hecatombes á los armenios y que, bajo la salvaguardia de Jesús, del dulce y piadosísimo Jesús, manso como un cordero, se organizan guerras infames y se perpetran miserables injusticias y despojos sociales.

Dios es grande, sin duda, porque resulta su mística creación algo así como el supremo justificador de todos los errores, infamias, villanías é injusticias que los poderosos de la tierra cometen para dominar tiránicamente á las masas despojadas.

Por eso, indiscutiblemente, resulta un infundio incomprensible, en la inmensa mayoría de los sistemas religiosos, la definición de *Su Divina Majestad*.

Los budistas y los cristianos, tienen y adoran unas Divinidades *trinas* que nadie es capaz de comprender.

Uno y *trino* á la vez es el Ser supremo bíblico, y *uno* y *trino* también resulta el majestuoso Dios de los budistas.

Bracma, que se creó á sí mismo (¡bemoles tiene tal creación!), se subdividió en tres esencias: *Bracma*, *Siva* y *Visnú*, gobierna los destinos del mundo chino—ahora á punto

de desquiciarse—en su séptima y última encarnación, que habrá de durar—según aseguran los teólogos budistas—hasta que el mundo quede destruido por el fuego y vuelva á entrar en la esencia de Dios, esencia de que en un principio fué disgregado.

Toda trinidad es un acefalismo cuando procura explicarse diciendo que *tres personas distintas son una sola divinidad verdadera*, porque si Bracma, Siva y Visnú son *tres personalidades distintas*, como se pretende lo sean el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo del cristianismo; si esas tres entidades obran independientemente y con diversa y libre voluntad, siempre resultará que son tres personas distintas imposible de ser confundidas en una sola entidad.

Mas, si por acaso, los *tres dioses* no tuvieran más que una *sola y exclusiva voluntad*, estas entidades deíficas no podrían ser en modo alguno consideradas como *tres individualidades distintas y entre sí independientes*, sino como la ampliación de una *sola personalidad sorprendente, dividida*, estupendamente, *en tres fracciones de personalidad, obedientes y esclavas de un centro todo director demasiado monstruoso y extravagante en su esencia constitutiva*.

Donde no hay más que una voluntad suprema, ni existe más que un solo pensamiento director, el pensamiento sumo que lo avasalla y lo regula todo, no pueden, en realidad, existir y coexistir *tres personas distintas y un solo Dios verdadero*, sino un *Dios fraccionado* que se refleja en tres distintos puntos á un tiempo mismo, pero que dos de estas entidades, reflejas de la entidad real, resultan nulas en el mero hecho de suponer algo así como la *doble sombra* proyectada por la realidad viviente de un Ser infinito, ya que infinitos no puede haber *tres*.

La trinidad es el más craso de los infundios deístas forjados por el histerismo metafísico, porque pone en evidencia el flaco vulnerable de los sistemas *religiosos trinitarios*, pues que de existir no *tres*, sino *dos* iguales en poder y sabiduría, este solo hecho, el hecho de existir *dos seres infinitos* y todopoderosos, destruiría la inconmensurabilidad dominadora de ambos.

Aceptar como efectiva la existencia de un Dios supremo, *trino* como Bracma, es no penetrar bien los enormes errores que tal supuesto entraña en sí.

Tres personas igualmente poderosas, omniscientes y perfectas, que todo lo pueden y disponen todo, ó *no existen* ó *no son tres*. Porque en el momento en que estas entidades omnipotentes, discreparan en lo más mínimo, las consecuencias de tal discrepancia darían al traste con la obra portentosa del universo, por ellas creado; y si por el contrario, confundieran y ajustaran siempre sus tres divinas voluntades en una sola y única voluntad, esto es, si el Padre quisiera siempre lo que el Hijo y viceversa; si Visnú y Siva se amoldaran en todo y por todo á la pauta del supremo pensamiento de Bracma ó Brama, abdicando su divina soberanía de omnipotente, obra eternamente según la voluntad de sus colegas deíficos, Siva y Visnú, el resultado en ambos casos sería igual á si no existiera más que un solo Ser supremo y quedaría, por tanto, destruída en un todo la asombrosa fábula trinitaria. Porque la razón es obvia; siendo los tres *mitos deificados*, infinitos igualmente en perfecciones y poder, la suma de *tres voluntades ó fuerzas infinitas*, no haría *tres infinitos*—ya que el infinito no admite el *más* y el *menos*—sino *tres entidades esclavas irredimiblemente*, entidades que, á pesar de ser tan poderosas y grandes, *supremamente poderosas é inconmensurablemente grandes*, veríanse precisadas á despojarse de su libre albedrío, reducidas á la *nada* mecánica del autó-mata para coincidir siempre, fatalmente siempre, horriblemente siempre en un mismo pensamiento y estar supeditadas á una sola voluntad.

La trinidad eclipsa la existencia de un Dios lógico y admisible por la razón ilustrada. *Tres voluntades* supremas obligadas por la fatalidad trinitaria á coincidir eternamente en sus juicios y determinaciones, hacen de los dioses trinos el más infundioso de los galimatías. La trinidad de voluntades da por último y único resultado la negación de la *divina voluntad*. Y un Dios sin voluntad que, cual veleta, gira obediente á impulsos del viento de los siglos, procurando adaptarse á todas las situaciones, es un mito, un fantasma destinado á servir de mágico embeleso á los hombres-niños, fetichistas eternos, adoradores ignorantes y fanatizados de todo lo estupendo, monstruoso y terroríficamente fenomenal...

Tal resulta en su esencia el tremendo galimatías de todas las trinidades ideadas por el neurosismo teológico.

Budistas ó cristianos, los hiladores de tan estupendas quimeras, pretenden hacer á su Dios magnífico sobre todas las cosas, dotándolo de *tres personalidades distintas* que deben amalgamarse, no obstante su independencia, en una sola entidad colectiva; y, miopes de intelecto, no ven ni comprenden el triste papel á que quedan relegados en estas *triadas* infundiosas, los Bracmas, los Sivas, Visnú, Padres, Hijos y Espíritus Santos, infinitos y todopoderosos, que sirven de protagonistas á la mágica leyenda celestial.

DONATO LUBEN.

ENTRE JARAS Y BREZOS

(CONTINUACIÓN)

Hasta entonces, la compañía no había hecho más que tirar dinero, comprando casas y terrenos. En adelante, todo lo que había gastado en los primeros trabajos lo ganaría, y mucho más, pues aquel mineral era rico, y como había mucho, prometía muchos millones de millones, y hasta trillones.

La prensa toda de Europa se ocupó de la mina de M., y muchos banqueros y capitalistas del extranjero entraron á formar parte de la compañía explotadora.

Los principales periódicos de París y Londres llenaban sus columnas haciendo descripciones de aquella nueva California, donde encerradas en las entrañas de la tierra había tantas riquezas.

Con esto, todos los hombres de negocios y de la alta banca se apresuraban á comprar acciones de la mina de M.

Los amos y accionistas reuniéronse en consejo, acordando construir una vía que, partiendo desde M., fuera á un puerto donde se embarcarían los minerales, llevándolos á los grandes mercados del extranjero.

Esta línea costaría mucho por la desigualdad del terreno y las grandes montañas que había que perforar, pero no perdonaron gasto alguno y la línea se construyó.

Cuando se inauguró fué un grande acontecimiento para el pueblo de M. y para toda España. El ministro de Fomento, el gobernador de la provincia y muchos accionistas y periodistas asistieron al acto. Una máquina con un gran tren de vagones cargados de mineral, esperaba la señal del ministro para partir.

Los obreros de la mina, todos vestidos con el traje dominguero, asistían también al acto; la Compañía les abonaba el jornal aquel día sin trabajar, y cuando el tren partiera les daría vino en abundancia: era un día de fiesta y de regocijo aquél.

El pueblo todo de M. y muchas de sus aldeas presenciaban el momento de arrancar la máquina nueva, adornada con banderas nacionales y extranjeras, fraternizando todas por medio del comercio y de la industria.

Hombres, mujeres y niños, todos revueltos en confuso montón, llenaban los lados de la estación.

El ministro, rodeado de los principales, en un tablado de madera ligeramente improvisado, dió la señal para que el tren partiera.

La máquina dejó oír un silbido agudo y penetrante, que fué ahogado por los vivas y aclamaciones de la inmensa multitud. Un millar de cohetes se elevaron por el aire; las campanas de la iglesia tocaban á vuelo, regocijándose también del acontecimiento aquel, que anunciaba una nueva era para aquel pueblo, haciendo de él un importante centro de trabajo, de industria, de comercio y de progreso.

Después que el tren se perdió de vista, la multitud cogió en brazos al ministro y á los amos de la mina, dando vivas á la industria y á la Compañía, dirigiéndose á la casa-ayuntamiento, donde estaba preparado un espléndido banquete.

El ministro salió al balcón, y habló á aquel pueblo de esta manera:

—«Hijos de M.: hasta hoy habéis llevado una vida anémica. Los productos de vuestros campos apenas eran suficientes para atender á vuestras más perentorias necesidades. Vivíais desconocidos para el resto del mundo; hoy, gracias á las inmensas riquezas que tenían ocultas vuestras tierras, sois conocidos por todo el mundo civilizado. La prensa toda de Europa, esa gran palanca de la civilización, más poderosa que la de Arquímedes, ha llenado sus columnas hablando de M. y de su rica mina. Con esto entra una nueva fase, un nuevo género de vida para vosotros. Las altas montañas que rodean á este pueblo no habían sentido nunca el soplo divino de la moderna civilización; nunca jamás había resonado por esta región el silbido de la locomotora, de esa enseña del progreso y de la industria; hoy acaba de partir conduciendo mineral para después regresar aquí con el pan del obrero. Ya el hombre del campo, obligado á interrumpir el trabajo durante los crudos días del invierno, no tendrá que temer á las inclemencias del tiempo ocupado en los trabajos de la mina; ya el agricultor no tendrá que temer á las sequías ni á las heladas... Obreros de toda España concurren aquí, fijando su residencia, en busca del necesario sustento para la vida. La actividad, el trabajo y la felicidad, imperarán aquí por mucho tiempo. Regocijáos, pues, hijos de M., y amar como á vuestro bienhechor al hombre incansable que, con su superior inteligencia, con su ciencia, su actividad y su trabajo, ha logrado descubrir todos estos bienes y riquezas ignorados hasta hoy por todos nosotros: al sabio ingeniero de minas Lord Tesomat.» (Tal era el nombre del viajero misterioso que hemos visto entrar en el pueblo.)

Después el ministro dió un viva al trabajo y á la industria, que fué contestado por la multitud.

Durante todo el día estuvo el pueblo entregado á un regocijo que no parecía tener término. Los obreros forasteros fraternizaban con los hijos del pueblo, bailando en todas las casas, calles y plazuelas.

AURELIO MUÑIZ.

(Continuará.)